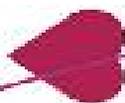


*Esperanza
Alonso*



Nora

DIARIO DE UNA AMANTE



ESPERANZA ALONSO CAMPOS

Nora

Diario de una amante

Esperanza Alonso Campos

Primera edición: diciembre de 2019
Copyright 2019 Esperanza Alonso Campos
Publicado por Editorial Letra Minúscula

www.letraminuscula.com

contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Para todas aquellas mujeres que no tienen suerte en el amor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[El albañil](#)

[El Entrenovias](#)

[La cita perfecta](#)

[El político](#)

[El vecino](#)

[El músico](#)

[El chico del gimnasio](#)

[El ex](#)

[Mis amigas](#)

[El beso](#)

[Cena de gala](#)

[Indecisa](#)

[Unos que vuelven](#)

[Corderito](#)

[Daño colateral](#)

[Y, por fin, llegó la felicidad](#)

[Nada es para siempre](#)

[Todo se complica](#)

[Fuera de dudas](#)

[¿Dónde tengo la cabeza?](#)

La carta

Vuelta a las andadas

Tienes un e-mail

El momento adecuado

Un día con sorpresa

Normas

El amigo

Luisillo

Regreso al pasado

Cumpleaños ¿feliz?

Suena el teléfono

Tropezando de nuevo

Esta no es otra canción de amor

Invasión de celos

¿Y si la culpa es mía?

Reencuentro familiar

La encerrona

Vuelta a la ciudad

Una nochevieja diferente

Prólogo

En primer lugar, me gustaría presentarme: mi nombre es Eleonora. En realidad, para mi familia, soy Eli; para los amigos, Nora y en el trabajo, señorita Sáez. Prácticamente Eleonora no me llama nadie, pero así es como aparece mi nombre reflejado en el carnet de identidad. Vosotros podéis llamarme Nora.

No solo tengo tres (o cuatro) formas con las que me pueden llamar, sino que también tengo tres modos de vida. Por un lado, mi vida familiar y laboral. Estas son las más aburridas y serias: puntual, impecable, responsable y, ¿quién lo diría?, también tímida. Demasiado formal. Y, por otro lado, mi vida social. Esta sí que es divertida, la que merece la pena contar. Nora es, sin duda, la más interesante, la que vais a conocer. Rondo la treintena, aunque aparento veinticinco (o menos), tengo trabajo fijo, buenos amigos y estoy soltera (¿o tal vez no?). Nora es la mujer amante, la divertida, la extrovertida. En definitiva, Nora es mi vida privada o secreta (aunque puede que no sea tan secreta como creo).

Cuando hablo de amante, la mayoría me imagina teniendo relaciones con hombres casados, lo que algunos llamarían «la otra», pero no es así. Ser amante es mucho más complejo, mucho más complicado. En realidad, solo he estado con un hombre casado y la relación terminó justo en el mismo momento en el que me enteré de su estado civil. Suelo tener relaciones con hombres solteros o, como mucho, con lo que ellos llaman amiga, chica, ligue o como quieran denominarlo, nunca se trata de nada serio.

Mis relaciones de amante suelen ser variadas. Depende del hombre con el que esté, pero, a pesar de mis esfuerzos, nunca son estables. De ahí que sea amante, si no, sería novia o esposa (también hay novias o esposas amantes, pero eso es otro tema). Por el momento, huyo de ataduras. ¿Miedo al compromiso? Tal vez, quién sabe. Hasta ahora solo he tenido un «novio» durante cuatro meses y no ha sido ni mucho menos mi relación más larga, pero sí la única oficial.

¿Por qué decidí ser una amante? ¿Eso se decide? No creo. En mi caso surgió. Hay personas que están destinadas a tener una pareja para toda la vida y encuentran pronto su media naranja. Y a mí, no sé por qué, me tocó ir de flor en flor. No por vicio (o igual sí), sino porque soy así. Voy en busca del amor ideal, el amor perfecto. Quiero amar y ser amada, así de sencillo. Yo no pido ni busco compromiso, ni mis parejas lo hacen y puede que ese sea el gran problema, mi gran error. Cuando la cosa parece ponerse seria, inconscientemente escapo de la situación. Una alarma en mi interior salta y siempre me las arreglo para conseguir que me dejen o desaparezcan. Solo quiero ser feliz, ¿es tanto pedir?

Esto es solo un aperitivo, mi vida es algo más complicada. Para algunos es una existencia solitaria a pesar de estar casi siempre acompañada y, para otros, una vida envidiada. Sinceramente, a mí me da igual lo que la gente piense y opine de mí y de mi estilo de vida. Y si decidís juzgarla, es mejor que la conozcáis de primera mano, sin intermediarios. Yo misma os lo contaré todo. Veréis como no es para tanto, no es para escandalizarse (o puede que un poco). Poco a poco conoceréis cada una de mis conquistas y, seguro que con cada una de ellas, sabréis un poquito más de mí.

El albañil

En realidad, podría empezar por cualquier otro. Podría utilizar un orden cronológico, o incluso alfabético, pero la verdad es que, si no lo hago, es por una simple razón: me cuesta horrores recordar quién fue antes o después y, en ocasiones, no recuerdo ni sus nombres. Todo por culpa de mi estupenda manía de poner motes. ¡No se salva ninguno! Sé que, después de decir esto, da la sensación de que he tenido un centenar de amantes. Tranquilos, no os preocupéis, no han sido tantos o, al menos, yo no tengo esa sensación.

En la gran mayoría de ocasiones, no soy yo quien se acerca a los hombres. No me gusta buscarlos, prefiero que sean ellos los que vengan a mí. ¿Anticuada? No lo llamaría así. Evidentemente, mi estilo de vida no lo es. Se puede decir que no me gusta esforzarme, voy a lo fácil, sin complicarme.

Veamos, sigo con la historia del albañil, ¿cómo empezó todo? Si hago memoria, recuerdo que estaba en mi oficina. La señorita Sáez (mi yo profesional) estaba al cien por cien de concentración y actividad: teléfono, impresora, *e-mail*, fax (¡sí!, en mi empresa aún lo utilizamos)... ¡una máquina! Teníamos un problema de goteras preocupantes, por lo que el director decidió llamar a unos albañiles para que lo solucionaran.

¡Nunca imaginé que costara tanto reparar una simple gotera! Aunque no me sorprendía en absoluto: cuando no estaban hablando entre ellos, lo hacían con la señora de la limpieza y, cuando no estaban hablando, era la hora del almuerzo o se pasaban a saludarme y se estaban un ratillo «tocándome las narices». ¡Con la de trabajo atrasado que tenía! Como siempre, estaba estresada por no llegar a los plazos fijados. Pero cuando soy la señorita Sáez, siempre soy educada, mantengo la compostura y los buenos modales. Incluso esa vez que consiguieron que fuera a la oficina en mi día libre porque se les había olvidado no sé qué herramienta y era de vital importancia recuperarla. Los hubiera matado allí mismo,

pero, aunque a veces pierda la paciencia, estoy en contra de la violencia.

El más joven de ellos (tenía ocho años más que yo, bueno, y los seguirá teniendo) apenas me miraba, hablaba lo justo, y me pareció que era un poco tartamudo. Creía que por su tartamudez sentía vergüenza y que por eso apenas decía nada. Pero no era así, ni mucho menos. Nada más lejos de la realidad. Pero me estoy adelantando.

Una noche que salí de fiesta, ya era Nora y no la señorita Sáez, me fui a un bar con las amigas a desconectar del trabajo. Estaba en la barra y apareció el albañil con una corbata puesta en la cabeza. Venía de una boda y estaba de lo más elocuente (por decirlo suavemente, ya me entendéis). No me encontraba en el trabajo, ya no era la mujer comedida y tímida, como diría Melisa: «el *polite* se fue a dormir». Esa frase, junto a la de «echar el *polite* a dormir», fue acuñada por ella, pero enseguida la adoptamos todo el grupo de amigas. *Polite* en inglés significa «educado y respetuoso». Cuando tratas mucho con la gente, te cansas de morderte la lengua, de callar y sonreír sin decir lo que realmente estás pensando por evitar cualquier tipo de conflicto, tengan o no razón. Pero cuando salimos, lo echamos a dormir, y no significa que vayamos insultando o siendo maleducadas. Se trata de no preocuparse tanto y de opinar sin obsesionarte si lo que dices está bien o mal. Así que, retomando la historia, le dije lo primero que se me pasó por la cabeza. La ocurrencia fue lo siguiente:

—¡Ey! ¡Menudos chapuzas estáis hechos! Una semana para tapar unas simples goteras y os dejáis dos justo en mi despacho. — Mi tono divertido indicaba que no se lo decía como un serio reproche.

—Lo hemos hecho adrede para volver y así poder ver esos ojazos que tienes, ¡morena! —¡Hostia con el tartamudo! (Uy, ¡perdón!), esto es lo que se me pasó por la cabeza y ahora me ha vuelto a salir en voz alta. Parece que el *polite* se está echando una siesta ahora mismo. Lo dijo del tirón, sin tartamudear ni vacilar en ningún momento. Y ahí me percaté de que solo tartamudeaba cuando estaba nervioso y, claro, ya sabemos que el alcohol ayuda a

desinhibirse por completo, aunque no siempre es buena idea desmelenarse tanto, como bien sé (aunque esa será otra historia).

Se pasó toda la noche demostrándome que era un estupendo albañil, soltándome toda la retahíla de piropos que se sabía o se inventaba en el momento, como si estuviera subido en el andamio. Esa noche no pasó nada, bastante tenía asimilando la escena. Pero volvimos a coincidir y, durante unos días, fuimos amantes. Sí, habéis leído bien, solo unos días, así de triste. No funcionó. ¿Por qué? Existen varios motivos: el primero fue la diferencia de edad. Solo eran ocho años, pero parecía que había un abismo generacional entre los dos; otro fue la diferencia de gustos y, sobre todo, porque él pensaba que, como era albañil, era de un estatus inferior a mí (¡menuda gilipollez!). En esa época, él ganaba mucho más dinero como albañil que yo como publicista (acordaos de la burbuja inmobiliaria). Él siempre me echaba en cara que yo tenía estudios y que él se puso a trabajar a los dieciséis años. Pero yo tampoco tenía ninguna intención de explicarle que todo eso era una auténtica estupidez, así que lo dejamos y cada uno se fue por su lado.

¡Adiós al albañil!

El Entrenovias

Este sí que recuerdo que fue el primero. Cuando empecé a contaros mis aventuras no sé por qué no se me pasó por la cabeza hablaros de él en primer lugar. Por su culpa (o gracias a él), soy así. Aunque ya de esto hace mucho tiempo, unos quince años, lo recuerdo muy bien. Tengo la imagen como si fuera ayer (creo que es algo que nos pasa a todas): el momento de mi primer beso. Todavía se me pone la piel de gallina al pensar en él. Me refiero al beso, por supuesto.

Estaba locamente enamorada, como solo se pueden enamorar los adolescentes. Estábamos en el mismo grupo de amigos, nuestras familias se conocían, nos llevábamos estupendamente y me enamoré como una tonta. Después de un par de años de intentos frustrados por mi parte para que se fijara en mí como algo más que una amiga, una noche de Navidad, sin saber cómo (en realidad sí que lo sé), me besó. Fue la noche más mágica de mi vida. El siguiente beso fue en la noche de Reyes, y así, de festividad en festividad. Creí que él sentía lo mismo que yo sentía por él, así que decidí lanzarme y proponerle algo más serio. Le pedí salir, algo que ahora, solo de pensarlo, me entra la risa floja. Ahora ya nadie se pide salir, ¿verdad? ¿O me he hecho tan mayor que ya no me toca por edad? Perdón, que me voy del tema. Continúo. Mi sorpresa llegó cuando dijo que sí. Me temblaban las piernas, mi corazón estaba desbocado, en fin, que casi me desmayo. Os vuelvo a recordar que era una adolescente estúpida. Me había esforzado en conseguir algo y lo había logrado. Aunque os he de decir que todo lo que quiero lo consigo a base de esfuerzo (menos a mi media naranja).

Cuando me presenté, comenté que solo había tenido una relación oficial. No fue con él. ¿Mentí? No. ¿No fue oficial? Bueno, todo lo oficial que puede ser una relación de dos días. Sí, solo dos días. Fue el tiempo que necesitó para descubrir que le gustaba más mi amiga que yo. Así que al tercer día me dejó y al cuarto empezó a salir con ella. Ríete de los siete días de la creación del mundo.

Me rompió el corazón y siempre he tenido una alarma dentro de mí que me recuerda ese justo momento cada vez que un hombre osa acercarse. Ese podía haber sido el punto final de nuestra relación (o llamarla como queráis), pero no lo fue.

Sí, salió con mi amiga un tiempo. Luego salió con otra, y otra y otra... creo que ya pilláis lo que quiero decir. Iba a una por año, más o menos. Y entre una y otra, siempre me buscaba a mí. Al no tener expectativas de relación seria y sabiendo que lo nuestro siempre tenía fecha de caducidad, decidí disfrutar del momento. No hacíamos daño a nadie o, por lo menos, eso era lo que quería creer. No me daba cuenta del daño irreparable que me estaba haciendo a mí misma. En ocasiones parecíamos una pareja, pero todo era mentira, un espejismo, una auténtica comedia. Él era incapaz de vivir sin tener una mujer a su lado y yo era incapaz de vivir sin él. De este modo, mientras él seguía buscando a su mujer perfecta, yo ocupaba el puesto vacante para que no se sintiera solo.

En ese momento apareció mi otro yo: nació Nora. Fue una amiga la que empezó a llamarme así porque por aquellos tiempos todavía era Eli para todo el mundo. Y así comenzó mi doble vida. Por un lado, mi vida normal y, por otro, mi vida amorosa.

Con él estuve unos siete años (¡que se dice pronto!) interrumpidos por todas sus relaciones. Hasta que encontró a la mujer de su vida (o al menos, parece la definitiva). Y, de esta manera, y si esto fuera un cuento de hadas, vivieron felices y comieron perdices. Todos menos yo, claro, que me quedé más sola que la una. Desde entonces, odio las películas de princesas Disney.

La cita perfecta

¿Habéis pensado alguna vez en vuestra cita perfecta? ¿La habéis imaginado? O, mucho mejor todavía, ¿la habéis hecho realidad? Demasiadas veces sería mi respuesta a todas estas preguntas. Y sí, lo digo con apatía y resignación por sorprendente que os pueda parecer. Ahora os lo explico todo. Mi cita perfecta era bastante sencilla: dar un largo paseo por la ciudad, cenar en un lugar tranquilo, por ejemplo, un restaurante japonés, ver una película en el cine, dar otro pequeño paseo camino a casa y, por supuesto, noche romántica (ya me entendéis). Y digo «era» porque ya la hice realidad en varias ocasiones, tantas que llegué al hastío. Cuando algo es una novedad, gusta, pero ¿qué pasa cuando se convierte en rutina? Pues sucede que cansa. Y cansa mucho.

Javi (de él sí que recuerdo bien el nombre) fue el encargado de cumplirla y destruirla. Hacíamos lo que yo quería, como yo quería y cuando yo quería. Al principio era agradable que un hombre estuviera pendiente de mí, de mis gustos y necesidades pero, con el tiempo, lo que me gustaba empezó a cansarme. Se me acababan las ideas para innovar y él nunca proponía nada. ¡Si hasta llegó un momento en que, incluso, se acabó la cartelera del cine para nosotros! Con deciros que hasta nos vimos la última de Rambo (ya os hacéis una idea)...

Intenté hacerle entender que deseaba que fuera él quien, de vez en cuando, propusiera algo, que me sorprendiera. Pero nunca se le ocurría nada y, cuando proponía algo, era: japonés o hamburguesería, cine e ir a todas partes a pie. Así fue como aborrecí todo lo que antes me gustaba. De esta forma consiguió que lo que había considerado mi cita perfecta se convirtiera en una aburrida e insulsa rutina.

Con Javi estuve algo más de un año y, aunque parezca mentira, no fui yo quien acabó con la relación. Esta vez no. Fue mucho más sencillo: huyó. Sí, habéis leído bien, huyó. Así como os lo cuento. Ya os dije que si no consigo que me dejen, desaparecen. Este fue de los segundos. No soy dada a relaciones estables, ya lo sabéis, pero

con él me lo planteé seriamente y estaba a punto de dar el gran paso. Lo pensé mucho, como hago con todo. Sopesé los pros y contras y ganaron los pros: divertido, inteligente, interesante, deportista y guapo. En los contras solo era capaz de encontrar esa falta de improvisación. Así que decidí quedar con él para plantearle mis intenciones.

Visto el éxito que había tenido en relaciones anteriores, me tomé una semana de meditación para decidirme y conseguir el valor suficiente para lanzarme. Cuál fue mi sorpresa que, cuando lo llamé, me saltó el buzón de voz. Volví a intentarlo en otro momento y nada, lo mismo, y otra, y otra... dando márgenes de tiempo para no parecer desesperada, pero con el intervalo suficiente para que se diera cuenta de que intentaba localizarle. No quería que pensara que era una especie de acosadora. Lo tenía todo planeado. Y nada.

Diez días después, cuando ya había abandonado cualquier esperanza de localizarlo y ya empezaba a preocuparme por su desaparición, recibí un mensaje suyo en Facebook:

Nora, te quiero mucho y no puedes ni imaginarte lo que te estoy echando de menos. Pero —«¿Pero? ¿Pero qué? Si me quieres y me echas de menos, no debería haber un pero, ¿no?»— me han ofrecido un puesto de trabajo en Nueva York; de hecho, ya estoy aquí trabajando. Siento no haberte podido avisar con tiempo, pero surgió así, ya sabes que mis expectativas laborales fueron siempre conseguir algo más. Y esta ha sido mi oportunidad. Cuando vuelva a España, te llamo. Serás a la primera persona que avise. Con amor y siempre tuyo. Javi.

Pero... ¡será cabrón! (perdón, perdón, otra vez me ha salido en voz alta, es que me sale de dentro, ¡maldito *polite!*). Ya veo cuánto me quiere, cuánto me echa de menos, que no solo tarda diez días en dar señales de vida, sino que ni siquiera es capaz de decírmelo a la cara. ¿A la cara? ¡Ni siquiera por teléfono! Ni siquiera sabía que le habían hecho una propuesta de trabajo en Nueva York. Sí, es verdad que me comentó lo de sus expectativas laborales, pero quién se podía imaginar algo así. Este seguro que está escondido en su casa como si fuera un caracol. Me hierve la sangre, lo siento. Será

mejor que deje de recordarlo, que me pongo enferma y no quiero daros la tarde.

¡Ah! Por cierto, es verdad que estuvo trabajando en Nueva York y también es verdad que volvió a España a pasar unos días de vacaciones. Es verdad que me llamó. Pero, mira por dónde, siempre me pillaba ocupada o de viaje de negocios o sencillamente no me daba la real gana verlo y me inventaba cualquier excusa. Imposible quedar con él (qué lástima). Conseguí evitarlo hasta que regresó para quedarse. Y en ese momento, se me acabaron las excusas. De todos modos, me estoy adelantando a los acontecimientos. Os lo contaré cuando llegue el momento adecuado.

El político

Toda buena amante ha tenido que estar con un político (es broma). Aquí esperaba una gran carcajada, pero me he quedado sola. Lo siento, ha sido una ocurrencia bastante estúpida. En realidad, lo mío no fue buscado, sino que resultó por casualidad. Ya os lo cuento:

Tengo por costumbre, y siempre que el tiempo me lo permite, dedicar una horas de luz natural a la lectura al aire libre. Me encanta leer. ¿Cómo lo hacía? Bien sencillo. Cogía un libro, iba al parque más cercano y, sentada en un banco o tirada sobre el césped, aprovechaba cualquier rayo de luz solar para leer unas cuantas páginas. ¡No hay nada como el aire libre! Luz natural y aire fresco, ¿quién puede pedir más?

Es tarde de primavera; después de una jornada agotadora en la oficina llego a casa. Me enfundo mis vaqueros más cómodos y una holgada sudadera. Cojo mi «bolso-mochila», donde me cabe hasta una tienda de campaña, el MP3 (como todavía funciona, no lo cambio por modelos más nuevos) y el libro que hay sobre mi cómoda. No voy a ninguna parte sin mi MP3 y mis auriculares. Gracias a ellos desconecto por completo del mundo. En el metro, en el autobús, paseando por la ciudad... es mi forma de evasión. Tanto que alguna vez me he sorprendido cantando en mitad del metro dejando alucinados al resto de pasajeros. No lo debo de hacer demasiado bien porque todavía no me han dado ninguna propina. Tendré que ensayar más. Bueno, que me voy del tema. Sigo. Una vez que tengo todo y, tras echar una breve mirada a mi cuenta de Gmail y ver que no tengo ningún mensaje interesante (como es habitual), me pongo en marcha hacia mi parque. Voy a paso ligero, he de aprovechar para ponerme en forma, que, con la hipoteca y después de unos gastos innecesarios en ropa y complementos (lo confieso, he pecado), no tengo dinero para ir al gimnasio.

Después de unos quince minutos a buen ritmo por fin llego al parque. Busco un banco que esté libre, me siento cómodamente y saco mi libro. La lectura, al igual que mi MP3, tiene el don de

absorberme, de tal forma que me introduzco en la historia del libro. El parque y todo lo que está a mi alrededor desaparece.

Estoy en ese trance cuando, de repente, me dan un ligero toque en el hombro. Del sobresalto, me arranco el MP3 y miro a quien me ha sacado de mi mundo fantástico. Es un chico joven, bien parecido, de ojos azules y, cuando le pongo cara de «¿qué pasa?», me dice:

—Disculpa, se te ha caído el bolso. Deberías tener más cuidado y no ser tan confiada. Esta vez has tenido suerte de que me haya dado cuenta. En otra ocasión, puede que no te acompañe la diosa fortuna. —Recojo el bolso y le doy las gracias, aunque pienso que no es necesario que me dé ninguna lección y, mucho menos, un sermón.

Se presenta y me pregunta si me importa que se siente a mi lado (¿no hay ningún banco más libre?). Y, aunque sí que me importa, le contesto:

—Claro que no me importa, hay banco suficiente para los dos...
—Hay que ser cortés.

—Perdona, no me has dicho cómo te llamas.

—¡Ah! Es verdad, no te lo he dicho. —Y la risa tonta que me da cuando me pongo nerviosa—. Me llamo Nora.

—Es un nombre interesante, ¿y te sientes identificada con la protagonista?

—¿La protagonista? —«¿De qué me está hablando?».

—Sí, la de tu libro. —Y me señala la portada donde claramente se lee *El diario de Bridget Jones*.

—Aaah. —Otra vez mi risa tonta—. No, ¡qué va! Yo no fumo. —Otra vez a reír. Creo que solo a mí me hizo gracia mi propio chiste.

—A las chicas de tu edad suelen gustarles este tipo de libros. —«¿Las chicas de mi edad? ¿Este tipo de libros? ¡Uh! ¿Por qué está intentando analizarme?».

—Supongo que los chicos como tú prefieren ver la película. —Se acabó ser cortés. Parece que mi respuesta le ha hecho gracia—. Bueno, se ha hecho tarde, encantada de conocerte. —«Pero espero no volver a coincidir contigo».

—Nos vemos. —«Ya, claro».

—Sí, sí, nos vemos. —Meto el libro al bolso, me pongo el MP3 y me voy a mi casa.

Este fue nuestro primer encuentro de tantos otros. Lo que empezó siendo, por mi parte, una mala, ¿qué digo?, malísima impresión se convirtió, no sé cómo, en una grata compañía vespertina. Cada tarde coincidíamos en el parque y, unas semanas después, decidió pedirme una cita. Hablaba poco de su trabajo (al contrario que yo, que apenas desconecto) y era de lo más divertido.

Después de un mes saliendo juntos, me planteó que si podíamos ser «algo más que amigos», pero de una manera discreta («¿Manera discreta? ¡Este está casado! ¡Huye Nora, huye!»). Allí estaba mi voz interior pidiéndome a gritos que le hiciera caso.

—¿Discreta? ¿Por qué discreta? ¿A qué te refieres? —Quería hacerle más preguntas, pero me contuve. Tomé aire y le miré directamente a los ojos.

—No estoy casado, si es eso lo que quieres preguntarme. —«¡Hostia! Me ha leído el pensamiento»—. Se hará oficial en su momento. —«¿En su momento? Este chico es más misterioso de lo que me imaginaba».

Acepté porque no tenía nada que perder y, si luego funciona y se hace oficial, pues mejor. A los pocos días, por casualidad, lo vi aparecer en televisión. No soy muy dada a verla, solo alguna serie, pero ese día me asomé a ella para ponerme al día («¿Qué hace este hombre en la tele? ¿Es famoso? No, bueno, todavía no, es político»). Ninguna sorpresa para vosotros, porque ya os lo adelanté (y si os ha sorprendido, tenéis que prestar más atención), pero para mí fue todo un descubrimiento. Al parecer, es una joven promesa en el mundo de la política, con gran carisma y con posibilidades para llegar a la presidencia de su partido político.

Esa misma tarde se lo comenté, tenía curiosidad. ¿Tanta discreción era por eso? Pues en cierto modo, así era.

Nuestra relación no llegó a durar mucho más, ni siquiera llegó a hacerse oficial. No por el hecho de que fuera político (aunque no es una profesión que me apasione), sino por, ¿cómo decirlo?, incompatibilidad de caracteres. Era un homófobo (algo que chocaba con el estilo de vida de uno de mis mejores amigos), un fanático de la religión (pretendía que le acompañara a misa los domingos, me

confesara cada cierto tiempo...), comenzó a criticar mi forma de vestir, mis compañías (así llamaba a mis amigos), mi estilo de vida, mi trabajo (según sus propias palabras, quería mantenerme, que dejara de trabajar y me dedicara a mi casa y planificar nuestra familia, con muchos hijos). No le gustaba nada cómo era y pretendía cambiarme a su antojo. Quería convertirme en una simple marioneta. Y así reapareció uno de los primeros pensamientos que tuve hacia él: «¡Huye, Nora, huye!». Y nuestra historia se acabó. Por cierto, hace poco también lo hizo su carrera política. ¿Será cosa del karma?

El vecino

No me considero una antisocial ni una antipática, pero no soy muy dada a relacionarme con la vecindad, no sé si por falta de tiempo o de ganas, posiblemente por un poco de cada. Intento acudir a las reuniones de vecinos siempre que puedo, pero, como no son tan divertidas como las de las series de televisión de *Aquí no hay quien viva* o *La que se avecina*, como que no me ven mucho el pelo.

Menos mal (nótese el sarcasmo en mis palabras) que tengo a mi vecina Concha. Ella se encarga de ponerme al día en lo que dura el trayecto del ascensor de todo lo acontecido. Concha es la típica vecina que se pasa el día pegada a la puerta esperando a ver quién pasa y si puede enterarse de algo. ¡Cuántas veces habré intentado abrir la puerta de casa a oscuras para pasar desapercibida de su mirada cotilla!

Si sucede algo interesante, no me preocupo. Me entero de todo gracias a ella (peleas, vecinos nuevos, cuernos, amores... de todo). De esta forma fue como me enteré de que se ponía en venta el piso que está justo frente a mi puerta. Parece ser que ese matrimonio tan agradable y simpático se ha divorciado. Problemas de cuernos. Y más tópico no podía ser: él estaba liado con su secretaria y ella, con el butanero, aunque no usaban butano porque lo tenían todo a luz (estas puntillas de Concha son las que más me divertían). Al final, parece ser que todo el mundo tenía conocimiento de las aventuras y se acabaron enterando, aunque, como sucede en estos casos, ellos fueron los últimos en hacerlo.

Voy a dejarlo aquí, que ya me parezco a Concha. En definitiva, que después de unas semanas tuvimos vecino nuevo. ¡Y menudo vecino! Rober, un chico joven, veintitantos, mulato, de Puerto Rico. Por las tardes daba clases de baile y por la noche era camarero en un conocido *pub*. De todo esto también me enteré por Concha, por supuesto. No os creáis que me puse a investigar por mi cuenta. Yo no soy así. Tengo mi gran fuente, fiable y fidedigna. Tan bien me lo había presentado que no pude evitar estar más pendiente de la

puerta y del ascensor que en toda mi vida. Cada vez que oía movimiento me asomaba por la mirilla a ver si era él; tenía tanta curiosidad que estaba nerviosa. Después de una semana asomándome constante y compulsivamente, decidí dejarlo estar, no me reconocía. Y seguro que no sería para tanto. Me cansé.

No sé cuánto tiempo había pasado desde la llegada del nuevo vecino. Era por la tarde y estaba frente al portátil mirando en un foro cuál era la tendencia de moda de esa temporada. Suelo mirarlo, aunque no sé para qué; tengo que cuidar mi imagen en mi trabajo, pero al final acabo poniéndome lo mismo de siempre. Tanto armario y tanta ropa y, al final, siempre acabo repitiendo modelo en la misma semana. Bueno, que me voy del tema otra vez. Pues eso, que estoy mirando unos vestidos imposibles de poner sin que nada se asome o se descuelgue de su sitio cuando, de repente, oigo que llaman a la puerta. ¿Quién será? Pues no, no es el vecino. Es un mensajero, que lleva días intentando dejarle un paquete y que no lo localiza y que si sería tan amable de entregárselo (me parece que tiene tanta suerte para localizarlo como yo). Firmo el acuse de recibo y me quedo con el paquete. Otra vez pegada a la puerta. Y esta vez no fue por aburrimiento (venga, lo confieso, sí, también por aburrimiento). Un par de días después, cuando ya no podía estar más desesperada sin parar de mirar por la mirilla, apareció. Era ya de noche y, en cuanto vi que metía la llave por la cerradura, salí en estampida con la caja en las manos. Estuve a punto de decir que tenía su paquete, pero sé lo mal pensados que sois (y luego decís que la viciosa soy yo). Tendrías que haber visto su cara cuando me vio. No me sorprendería si me imagináis despeinada, con un pijama de Snoopy (que tengo desde los quince años), zapatillas de estar por casa y con ese paquete diciendo: «Esto es para ti» (¡qué vergüenza!). Eso sí, a él le hizo muchísima gracia la situación. Tanto le divirtió la escena que, durante meses, estuvo recordándola: «¿Te acuerdas lo elegante que estabas el día en que nos conocimos?» o «Estabas tan guapa el día que te vi por primera vez...» (muy gracioso, el niño).

Ya os habréis dado cuenta de que siempre recuerdo a mis hombres por el día en que los conocí. Para mí, esos días fueron especiales, los de todos ellos. Durante el tiempo que duraron estas

historias, también hubo momentos divertidos o interesantes, pero el más nítido es, siempre, el primero. Justo el momento en que entraron en mi vida.

Con la excusa del dichoso paquete (del que sigo sin saber qué contenía) y con que me debía un favor, fuimos quedando de vez en cuando. Me invitó cuando hizo una fiesta en su piso, a varias copas en el *pub* donde trabajaba a mí y a mis amigas e, incluso, me invitó a una de sus clases de baile. Tengo que confesar que, aunque le puse fuerza de voluntad y valentía, no lo conseguí. Soy totalmente arrítmica, tengo dos pies izquierdos. Y, sobre todo, me da vergüenza que la gente me vea en esa tesitura. Aun así, él dijo que con un par de clases más dejaría de tropezar conmigo misma y eso me animó (aunque sabía que mentía). Y, como ya os imagináis y siguiendo el refrán: el roce hace el cariño. Y él es muy pero que muy cariñoso, así que pasó lo que tenía que pasar.

Era divertido quedar con él sin que Concha se enterara. Era toda una aventura y muy emocionante. A mí eso me daba un morbo que no se puede ni explicar. No diré que fue mi mejor amante porque no puedo quejarme del resto, pero sí que os puedo decir que un *piercing* en el lugar apropiado hace maravillas (y supongo que ya sabéis por dónde voy).

Aunque nuestra historia duró un tiempo, no llegó a cuajar. Cuando ya me lancé a recibir más clases de baile, me enteré, en el vestuario y por casualidad, de que se tiraba a todas sus clientas. En realidad, a todo lo que tenía un par de tetas (fueran reales u operadas). Y ya lo dicen: la cornuda es la última en enterarse. Y en esta historia, la cornuda fui yo. A Concha le habría encantado este cotilleo.

El músico

Hoy he tenido un día complicado, uno de esos que solo quieres borrar del calendario. Por eso estoy aquí, necesitaba salir y he acabado en la barra de un bar. En concreto, en el bar La Calle (el nombre real es más largo y pocos lo recuerdan). Me siento un poco incómoda aquí, sin nadie con quien hablar. Del mismo modo que no me importa ir al cine o al teatro sola, no soporto ir a un bar sin compañía. En alguna ocasión he tenido que esperar a las chicas en la barra y lo he pasado fatal. Como no iba a ocupar una de las mesas para estar sola, he cogido el periódico y me he sentado junto a la barra. El periódico ya lo he leído por la mañana, pero así me entretengo. El bar me trae tantos recuerdos... Ahora es cuando me pongo melancólica.

Este lugar me recuerda al músico, una de las historias más dolorosas de mi vida. De esto hace ya unos cuatro años (cuando pienso en el paso del tiempo, me siento mayor). Lo conocí en un bar cuando todavía los viernes hacían espectáculos en directo de jóvenes promesas. Era la primera vez que entraba en ese local y acompañaba a Rebeca porque sabía que su chico estaría allí. Fuimos pronto para coger buen sitio y, cuando empezó la actuación, fue amor a primera vista. No sé si este sería el término apropiado, pero es lo que más se aproxima a lo que sentí. Parecía que él también se había fijado en mí y la atracción era mutua.

Terminó la actuación y se acercó a nuestra mesa. Se presentó y me pidió mi número de teléfono. Estaba tan hipnotizada y era todo tan increíble que se lo di sin dudar y, en cuanto me llamó, quedamos. Poco a poco, su grupo empezó a tener más éxito y cada vez más actuaciones. Todo esto conllevó grandes juergas donde celebraban sus triunfos y, en ellas, el alcohol y las drogas eran algo tan habitual que te las ofrecían como si fueran chicles o caramelos. Todo ese ambiente no era para mí y a J. J. (así era como le llamaban) esas fiestas le gustaban demasiado, tanto que pasó de ser solo los fines de semana a cualquier día. Podías encontrarle en una de ellas en cualquier momento. Después de unos meses,

innumerables fiestas y un mayor número de broncas, decidimos dejarlo. Le quería muchísimo, pero no soportaba sus juergas y estaba cansada de estar siempre preocupada. Yo quedé destrozada. A él no le afectó tanto: conoció a su nueva chica esa misma noche en otra de sus fiestas.

Varios meses después de la ruptura recibí una llamada de su mejor amigo, que, además, era el batería del grupo. Era para decirme que J. J. había sufrido un grave accidente de tráfico y se encontraba en el hospital. No podía creérmelo. Sentí como si el corazón me lo hubieran arrancado del pecho. No podía hablar y, en cuanto colgué, empecé a llorar desconsoladamente. Me conecté a internet y busqué todas las noticias recientes sobre accidentes de tráfico. Y ahí estaba. Sabía que no era un mal sueño ni me habían mentado, pero, aun así, necesitaba algo más para comprobarlo.

Quien piense que la vida de amante es una vida fácil y feliz se equivoca: no lo es. En esta ocasión, con J. J. tampoco tuve una relación oficial, a pesar de haber durado varios meses. Lo emocionante de nuestra relación era que se trataba de una aventura prohibida, algo secreto (un secreto a voces, pero secreto).

El tiempo que estuvo en el hospital solo podía recibir visitas de familiares y amigos muy cercanos. Y yo no era nada de eso. Su familia no me conocía; su novia, tampoco. Solo sabían de mi existencia sus compañeros del grupo y a estos tampoco les permitían visitarlo. Yo no era NADIE. Eso me atormentaba tanto que ni dormía ni comía. Vivía pendiente del teléfono móvil, que era lo único que me servía para saber el estado en el que se encontraba. Diez días después recibí la temida llamada. J. J. había fallecido. Reuní las fuerzas necesarias para asistir al funeral de forma que nada destacara mi presencia. Nadie sabía quién era la mujer del fondo, nadie me conocía. Nadie me consolaba, porque, como ya os dije, no era nadie.

Y, ahora, cuatro años después, lo vuelvo a recordar todo. Increíble cómo la mente relaciona historias y te transporta de nuevo al pasado. El dolor que todavía guardo en mi interior desaparecerá. Lo sé. Pero no será esta noche, y a esta tónica le falta un chorro de ginebra.

El chico del gimnasio

Últimamente he tenido demasiados días complicados. Necesitaba urgentemente dar un paseo. Todavía tenía ese terrible dolor de cabeza. Ese dolor que aparece cuando recuerdas demasiado (y bebes demasiado). Empecé a deambular sin tener ningún destino fijado. Pasear por pasear, sin mirar a nada ni a nadie, simplemente dejándome llevar. Ya os advierto que no es buena idea ir andando sin fijarse por dónde vas. ¿Por qué? Por aquella señal (de tráfico, no divina). Nada ni nadie me había advertido de su presencia y, cuando quise darme cuenta, ya estaba sentada en el suelo con un gran dolor en el hombro (¡ya has vuelto a hacer el ridículo, Nora!). Siempre que me encuentro en este tipo de situaciones reacciono del mismo modo. Me río de mí misma como si me hubieran contado el chiste más gracioso del mundo y, si la risa me deja hablar, hago algún tipo de comentario del estilo: «Esta señal no estaba ayer cuando pasé por aquí» o «Vale, tú ganas» (dirigiéndome a la señal). Es una manera de reírme de mí misma y conseguir que la gente siga caminando pensando que estoy loca. Mejor que piensen que estoy como una cabra a que soy torpe, ¿no? Ahora que lo pienso en voz alta, no parece la idea tan brillante que me imaginaba.

Seguía sentada en el suelo y, desde esa situación, observé mi alrededor. Necesitaba ubicarme. Y ahí estaba esa cafetería. ¡Vaya casualidad! Es la cafetería a la que solía ir con Óscar cada vez que salíamos del gimnasio. De esto hace mucho tiempo, a ver que piense... unos seis años. ¿Por qué últimamente todo me transporta al pasado? Necesito dejarlo todo atrás y centrarme más en el presente o acabaré mal. Ahora no puedo dejar de pensar en Óscar. ¡¡Aaah!! ¡Cuánto odio que me pase esto! Con él sí que me planteé un futuro en común, pero, para variar, también me salió «rana». ¡Menuda novedad! ¿Verdad?

Vale, os cuento, que sé que lo estáis deseando. ¡Qué cotillas sois! ¡Cuánto os parecéis a mí! ¿He dicho a mí? Quería decir a mi vecina Concha (ejem). A ver, que me sitúe cronológicamente, este

fue justo entre el vecino y el músico. ¿O antes del de la cita perfecta? Bueno, para el caso, da igual. Hace ya unos años, cuando solo trabajaba por las mañanas y dedicaba las tardes a ir al gimnasio. Primero iba dos tardes a la semana; al poco, ya eran cuatro tardes y, cuando me quise dar cuenta, solo dejaba libres los domingos. Estaba obsesionada. Era como una droga para mí. Hacía máquinas, aeróbic, *spinning*, pilates, zumba, todo lo que me daba tiempo (con eso de que con el bono podías entrar a cualquier clase, lo amorticé con ganas). La primera vez que vi a Óscar fue en máquinas. Se acercó para corregir mi postura.

—Si sigues haciendo el ejercicio así, te acabarás lesionando — me dijo, tan serio que supe que era verdad. En ese momento, creí que se trataba de uno de los monitores del local.

Después empezamos a coincidir en pilates, más tarde ocupaba la bicicleta de al lado en *spinning*. Coincidimos en todas las clases y salas, mucha coincidencia, demasiada casualidad.

Una tarde, en máquinas, volvió a acercarse. Conforme venía hacia mí yo pensaba: «¿Y ahora qué estoy haciendo mal?». Cuando llegó a mi lado, no me corrigió la postura. Lo que hizo fue preguntarme si estaría dispuesta a quedar con él para tomar un café. Imaginadme con cara de asombro, la que pongo siempre cuando espero que pase algo y pasa otra cosa totalmente distinta. Vale, más que de asombro, era cara de boba. Acepté y quedamos después para ir a la cafetería de al lado a tomar algo. Lo que empezó así, acabó convirtiéndose en una costumbre. Incluso, a veces, quedábamos antes de entrar al gimnasio en la misma cafetería para coger fuerzas. Después de más o menos un mes así, comenzamos a salir juntos. No solo para ir, estar o al salir del gimnasio, que eso ya aburría.

Después de varios meses, sin ser todavía una relación oficial, dimos un paso más. Él se quedaba a veces en mi casa y yo en la suya. Recuerdo el día que le dije que quería decirle algo. Que era algo que llevaba tiempo queriendo decirle, pero que tenía miedo a que él no sintiera lo mismo. Antes de que pudiera decir nada más, él me interrumpió:

—Nora, si vas a decirme que me quieres, que sea de verdad. No soportaría que me lo dijeras por decir y luego me abandonarás —lo

dijo tan serio como la primera vez que lo vi y me corrigió la postura. Igual que en aquella ocasión, le creí.

Me descolocó y callé durante un instante. Era eso mismo lo que pensaba confesarle. Tras unos segundos de duda, y después de analizar mis sentimientos, se lo dije:

—Te quiero muchísimo —él no dijo nada, me acercó hacia él y me besó.

Aunque no me creáis, no fue fácil decirlo. No soy de las que van por ahí diciendo «te quiero» a todo el mundo. Creo que solo se lo he dicho a dos personas y no me fue muy bien con ellos.

Realmente creí que era el hombre de mi vida. Pero, no sé cómo, de repente, cambió su forma de actuar. Estaba raro, constantemente pendiente del móvil. Pasaba varios días sin verlo porque le había surgido un nuevo trabajo (o eso me decía él) y mi sexto sentido me gritaba que algo no iba bien. Mi alarma interna aullaba sin pausa, algo pasaba pero aún no sabía qué. La última noche que pasé en su casa o, mejor dicho, la última noche que pasé con él, fue cuando descubrí todo. Estábamos cenando y su móvil no paraba de vibrar. Lo tenía en silencio y hacía como si no le prestara atención, pero, cada vez que yo iba a la cocina o al baño, él aprovechaba para mirar de manera furtiva su teléfono. Nunca le pregunté quién era, solo le decía que, si era importante, que lo atendiera y él me replicaba que lo único importante para él era yo (le volví a creer, qué ilusa era). Nos acostamos y me desperté de madrugada, necesitaba ir al baño. Salí de la habitación y ahí estaba su teléfono; seguía encendido. Me llamó la atención porque antes lo apagaba siempre que se iba a dormir. Me quedé mirándolo durante unos instantes, no sé si esperaba alguna señal más. Lo cogí y me metí al cuarto de baño con él. No me siento orgullosa de haberlo hecho, nunca me había imaginado espiando a nadie. Pero ahora, visto lo visto, no me arrepiento. Suerte que lo hice. Había un número al que constantemente llamaba. Tuve tentación de llamar para ver quién contestaba (aunque no eran horas) pero intenté darle un voto de confianza y pensar que era el número de su nuevo trabajo. Entonces, miré los mensajes (aún no había WhatsApp): también estaba ese número en la bandeja de entrada, nada en la bandeja de salida. Tenía más interés en ver qué le escribía él, pero lo había

borrado todo. Abrí el último: «Sé que estás con ella, pero te echo tanto de menos... tq». No me lo podía creer, ¿quién narices era esta? Y siguiendo una corazonada, miré los mensajes multimedia (donde estaban las imágenes): bandeja de salida, vacía; bandeja de entrada, cinco. Y ahí estaba, el mismo número, y ahí estaba ella, ¡¡¡desnuda!!!, con poses provocativas, en bikini o solo con una toalla. Ya no necesité más. Salí del baño y dejé el móvil donde estaba. Recogí mis cosas, me vestí sin hacer ruido y me fui a mi casa. Al día siguiente me llamó:

—Nora, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? Desperté y te habías marchado. —Su voz parecía preocupada.

—Lo siento, Óscar, se acabó. —Iba a colgar en ese instante, pero escuché su voz afligida.

—Nora, lo nuestro no puede acabar así. Sabes que eres lo más importante para mí, yo te quie... —No le dejé terminar, me hervía la sangre.

—No me digas que me quieres solo por decir. Si me vas a decir que me quieres y me vas a abandonar por otra, mejor que no digas nada, ¡CABRONAZO! —Y colgué.

No volvió a llamar nunca más. Sabía que yo ya lo sabía (ay, qué lío) y desapareció de mi vida. Y ahora, después de tanto tiempo, otro que me viene a la memoria. Creo que esa señal me golpeó en la cabeza y no en el hombro, como creía.

El ex

Era domingo y, como otro domingo cualquiera, no hacían nada en la televisión que me llamara la atención. Odio esas películas de serie B, pero desde que salí con Javi (el de la cita perfecta) cada vez me apetece menos ir al cine. Así que me quedé en casa, que ya se sabe que, como en casa, en ninguna parte.

Preparé palomitas, a la sartén, que estoy intentando quitarme unos kilos y dicen que las de microondas engordan más. Mientras se cargaba la peli en el ordenador, me puse mi pijama (sí, el de Snoopy, todavía lo tengo), cogí una manta y me puse cómoda. Parecía la tarde de un domingo normal hasta que sonó el móvil. Era: ¡mi ex! («¿Qué querrá este ahora?»).

Cuando me presenté, dije que solo había tenido una relación seria, pues este fue el afortunado. Sigo sin saber cómo se puede llamar seria a una relación de cuatro meses. En realidad, tres meses y veintiún días, según él. Yo nunca llevé la cuenta, pero lo que sé seguro es que, hasta el momento, ha sido mi único novio oficial. Y, además, de esto hace ya diez años. Cómo pasa el tiempo... ¿Y ahora qué querrá?

—Sí, dígame. —Hago como que no sé quién es para hacerme la interesante y la sorprendida, pero ya he leído perfectamente en la pantalla «JOSE EX».

—Hola, Nora, soy Jose, ¿te acuerdas de mí? —Que si me acuerdo de él dice, más de lo que debería, pero no pienso decírselo.

—¡Hola, Jose! ¡Cuánto tiempo!

—Sí, la verdad es que sí. Hoy hace diez años que cortamos, ¿lo recuerdas? —¿Qué esperaba? ¿Que le comprara un regalo de aniversario? Tengo que hacer el esfuerzo de no soltar una carcajada.

—¿Diez años ya? ¡Qué barbaridad! ¡Cómo pasa el tiempo! — ¡Qué mayor me siento en estos momentos!

—Sí, es verdad. Y nada, te llamaba... para ver qué era de tu vida. Si terminaste la carrera, si trabajas en lo que querías, si te has

casado... —Casado, dice, pues no me queda a mí nada para casarme...

—Pues sí, terminé la carrera y trabajo en publicidad, como siempre quise, y lo de casarme, pues todavía no ha llegado el momento —Olé, qué bien ha quedado.

—Tu novio tendrá ganas de casarse contigo. ¡Eres todo un partidazo! —¿Pero qué novio? Qué forma más sutil de sacarme información. Con lo fácil que habría sido preguntarme directamente si tengo pareja, pero le seguiremos el juego, a ver qué narices quiere.

—¿Novio? ¡Qué va! ¡Soy la soltera de oro! —Aquí tocaría una gran carcajada, pero me siento demasiado estúpida por haber dicho esto y él no dice nada. Este hombre es muy raro.

—Pues, ¿sabes? —No, no sé—. Hoy me he acordado de ti. —Eso explica la llamada—. Y he recordado que tengo un regalo que no llegué a darte. —Alucinante. ¡Confirmado! ¡Es muy raro!

—¿Un regalo? ¿De hace diez años? —Como sean condones, están caducados, fijo. ¡Ostras! Siempre pensando en lo mismo, y luego digo de los hombres...

—Sí, he pensado que... —¿Qué? ¿Qué has pensado? No te esfuerces, que eso nunca se te dio bien—... que... —¡Ánimo! Que tú puedes decirlo, aunque no sé si quiero escuchar lo que me vas a contar—. ¡Vaya, parezco un adolescente! —¡Pareces tonto! ¿Me lo dices de una vez o qué?

—Sí, dime, ¿qué has pensado? —A ver si «empujándolo» un poquito...

—Que... —Otro «que» más y le cuelgo—... si te gustaría quedar un día conmigo y así te lo doy. —Pues querer, lo que se dice querer...

—Pero ¿qué regalo es para que sea tan importante dármelo?

—Es una cosa... —¡Vaya! Ahora tocan las adivinanzas—, bueno, en realidad es una tontería. —Bien, va ganando puntos, de cosa a tontería—, pero, como la compré pensando que era para ti, no tiene sentido que yo la tenga.

—Pero si no es necesario que me la des. —No me creo que esté teniendo esta conversación.

—Necesito dártela. —Noto en su voz un tono de súplica que me conmueve.

—¿Qué es? —Una joya, algo de ropa, no, ropa no, es una joya, seguro, un anillo, un collar... ¿qué será?

—¡Un peluche! —Vamos, no me jodas que me llamas para darme un peluche que compraste hace diez años.

Por suerte, tenía el *polite* conectado y esto último solo lo pensé. No digo nada, estoy flipando. Ahora es cuando me entra mi gran carcajada. No pude contenerla por más tiempo. Mi risa, siempre tan oportuna, ahí, haciendo daño. No puedo parar. Creo que estoy llorando de la risa. ¡Qué situación y conversación más absurda! ¿Está pasando de verdad o me he quedado dormida en el sofá y estoy soñando?

Cuando consigo controlarme y, ya que le he hecho sentirse mal, decido que no sería mala idea quedar con él. Así compruebo si sigue igual o si está más gordo o si se ha quedado calvo o no sé. Tiene que estar peor que yo, eso seguro. Sí, soy así de cruel. No es que necesite ver a mi ex mal para sentirme mejor. O, bueno, no lo sé, puede que un poco. Me consuela un poco no ser yo a la que se le note más el paso de los años. Como se le ocurra traer un osito o un corazoncito de peluche, a mí me da la risa otra vez, fijo.

No había pasado más de una hora de esa llamada cuando llamaron al timbre mis amigas. No había podido aguantar las ganas de contarles lo que me había pasado. Así que les mandé un wasap de grupo diciéndoles que tenía novedades. Llegaron nerviosas esperando mi «gran cotilleo» (así llamé al grupo). Era el primer mensaje interesante en el WhatsApp desde hacía días. Por fin rompía la rutina de utilizarlo solo para dar los buenos días y las buenas noches.

Sirvo el café; Andrea ha traído unas pastas. Emma está terminando una llamada (siempre con el móvil) y Eva está enseñando su nuevo bolso a Sandra. Eva es una artista con los bolsos: si no compra uno y los retoca, se los hace ella misma. Y aquí estamos las cinco, alrededor de la mesa. Esperamos a que Emma deje el teléfono de una vez por todas y las ponga al corriente de la situación.

Les cuento lo que me ha pasado y empiezan las risas, las sugerencias o posibles explicaciones sobre el auténtico motivo de la llamada. Todo esto deriva en recordar a Jose. Cómo era y cómo se comportaba (lo que nos reímos de él). Somos toda maldad en estado puro. Eva y Sandra no llegaron a conocerlo, pero se ríen igual que si lo hubieran vivido. Terminamos el café y propongo tomar una copa, siempre tengo el minibar preparado por si hay alguna visita inesperada (o día demasiado complicado).

Apuramos la segunda copa, la conversación ha pasado de centrarse en Jose a ser sobre todos los hombres en general. Que si cada vez somos más exigentes, que si siendo solteras (excepto Andrea, que calla y sonrío) y estupendas, por qué no tenemos demanda de hombres. Suena mi teléfono, miro quién llama y me entra la risa. Ellas me miran esperando que les diga de quién se trata y les enseño la pantalla. En grande aparece «JOSE EX», y a todas nos da la risa.

— ¡Cógelo, cógelo! —gritan todas, emocionadas.

Contengo la risa, me tranquilizo un poco, les hago un gesto para que guarden silencio y cojo la llamada. Como siempre, disimulo y hago como que no sé de quién se trata.

—Sí. Dígame. —Las cabronas no pueden contener la risa y están que no aguantan más. Las miro con cara de «por favor, no os riais».

—Nora, soy Jose otra vez. —Pongo el manos libres para que lo oigan todo muy bien.

—Dime, ¿ya te has arrepentido de darme el regalo? —Intento aguantar la risa, me está costando no soltar una enorme carcajada. Creo que he bebido demasiado.

—No, en realidad es para decirte que estoy en la puerta de tu casa y que te lo traigo ya.

—¿Qué? —lo gritamos las cinco a la vez. Casi se me cae el teléfono de las manos.

—Nora, ¿estás ocupada? Me parece que oigo jaleo. —Quito el manos libres y todas me miran mal por hacerlo. Sandra se ha ido a la cocina porque no puede contener más la risa.

—Estoy con unas amigas, que hemos quedado a tomar café.

—¡Ah! Entonces no estás en casa —me dice con voz de lástima.

—Bueno, en realidad, estamos en mi casa.

—¡Que suba, que suba! —dicen Andrea y Eva a la vez, como si lo hubieran ensayado.

—Si puedes bajar un momento... —Parece más una súplica que una sugerencia.

—¿Que si bajo? —Estoy desconcertada, esperaba un «bueno, pues en otro momento» o algo así.

—¡No! Que suba él y así lo vemos. —Creo que esta vez ha sido Emma. Se lo están pasando en grande.

—Es solo un momento. —Ahora sí que parece una súplica.

—De acuerdo, dame un minuto. —Y cuelgo.

Miro a mis amigas, están emocionadas. ¿Por qué no siento yo esa misma emoción? Estoy nerviosa, no me había hecho a la idea de verlo tan pronto.

—¿Qué ventana da al portal? —Sandra ya ha vuelto y es lo único que puede decir antes de que le dé el siguiente ataque de risa.

—¡No! Comportaos como mujeres adultas. —Si sé que me están mirando, todavía lo voy a pasar peor.

—¡Si vives en un tercero! No nos va a ver —dice Andrea poniendo cara de buena chica.

—Mira, porque sé que, si no os lo digo, vais a recorrer toda la casa hasta que la encontréis: es esa. —Les señalé la del comedor —. Y, por favor, no hagáis ningún comentario.

—¡Prometido! Baja, que se va a cansar. —Emma sí que está emocionada.

Salgo, pienso en bajar por las escaleras (siempre subo por el ascensor y bajo por las escaleras), pero no quiero llegar con la respiración entrecortada y que piense que he bajado corriendo solo por verle. Y en el poco trayecto del ascensor, me quedo pensando: «¿Seguirá igual? ¿Estará más gordo? ¿Calvo?».

Estoy en el rellano, respiro hondo, tan hondo que casi hiperventilo. Salgo a la calle y ahí está, apoyado en su coche (¡menudo coche!). Y lo peor: ¡está igual! Incluso puede que mejor. Esas arrugas de expresión en su cara le dan un aspecto más

maduro y sofisticado (¡mierda! Yo, al menos, no he bajado en pijama). ¿Qué es lo que lleva en las manos? ¿El famoso peluche? Me acerco a él. Intento no pensar que tres pisos más arriba mis amigas me observan descojonándose. Le saludo y se acerca para darme dos besos. Sonrío (cuánto me fastidia que siga siendo tan guapo) y me da su regalo.

— Sé que te están esperando, así que no te entretendré. —Hace gesto de resignación.

—No tenías que haberte molestado. —Desenvuelvo el paquete. Se ha molestado en envolverlo. El envoltorio es nuevo, eso seguro.

Quito todo el papel de regalo y ahí está: un tigre vestido de piloto.

—No te gusta, ¿verdad? —lo dice porque ha visto mi cara de sorpresa y que no he sido capaz de reaccionar todavía.

—No. Me encanta, en serio —miento, todavía no tengo claro si me gusta o no. Me ha pillado de sorpresa y aún no lo he decidido—. Gracias.

—Bueno, yo me voy. Otro día vuelvo, si no te importa recibirme. —Y ahí está su hermosa sonrisa. ¿Por qué sigue tan guapo?

—No hay ningún problema —pero ¿qué digo? ¿Que no hay ningún problema? Nora, al menos hay uno: ¡es tu ex!

—Entonces, ya te llamo. —Espero que no lo haga—. Me alegra ver que sigues igual de guapa. Nos vemos pronto. —¿Pronto? Me parece, Nora, que la has cagado bien. Y sube al coche.

—Hasta pronto. —Pero ¿qué narices me pasa?

Subo a casa. Ahí están mis amigas, sentadas cada una en su sitio, haciéndose las buenas e impacientes por que les cuente. Ver, se vería algo, pero oír, no, seguro que no han oído nada. Les enseño el peluche, les vuelve a dar la risa y les cuento el breve diálogo. Y ya tuvimos tema de conversación para otra hora y una excusa (como si la necesitáramos) para tomar un par de copas más.

Mis amigas

He pensado que tanto hablar de mí no es bueno. Que si Nora por aquí, Nora por allá... Mi vida no es nada si no hablo de ellas y ya las he nombrado en alguna ocasión. Si yo necesité una página solo para presentarme, creo que sería justo dedicarle otra a ellas. Para que las conozcáis un poco mejor a ellas y, cómo no, a mí.

No tengo favoritas, así que el orden no es lo importante... ahí van, por orden alfabético, ¡ja, ja, ja! Espero no olvidarme de ninguna.

Andrea (veintinueve años, casi treinta ya), sin duda la más loca de todas o, al menos, lo era. Azafata de vuelo. Después de una relación turbulenta, descubrió que el amor de su vida era la persona que más cerca tenía. Toda la vida juntos, desde niños. Pronto habrá boda.

Carla (treinta y cuatro años), de las últimas incorporaciones, pero no por ello menos importante. El trabajo unió nuestros caminos, aunque procedía del mundo de la hostelería. De ella aprendí que nunca es buena idea acostarse con el jefe.

Daniela (veintinueve años), adorable e inteligente, banquera y con pareja estable. Es una pareja encantadora. No pueden ser ni más guapos ni más simpáticos. Son de revista, como todas las parejas que conozco (ay, qué envidia me dan).

Emma (treinta y un años), soltera y estupenda. Le encantan los niños, es logopeda. Ha tenido un par de relaciones serias, pero no la merecían. Su último «chasco» fue enamorarse de un gay (nadie es perfecto).

Eva (veintiocho años), soltera y estupenda (también). Creo que es la persona más inteligente que conozco, dos carreras, otro par de másteres y tantos otros títulos que ella no cuenta. Nunca habla de ello ni presume, aunque podría callar a más de uno. Trabajó durante años en distintos países y las grandes empresas se pelean por tenerla en su cartera de profesionales. Además, es toda una artista, entre otras cosas, y está cansada de que no haya *sex in the city*.

Leyre (casi, casi treinta años), soltera y estupenda (de nuevo). Solo le he conocido una relación seria. Es muy discreta en sus relaciones, trabajadora nata y con carácter. Actualmente, trabaja como comercial de una gran firma. Es tan buena que gana un pastón en comisiones.

Melisa (treinta y tres años), como no, también soltera y estupenda. Arquitecta. Según ella, ya ha tenido las suficientes relaciones serias como para saber que lo que ahora necesita es estar sola. Tras la fachada de mujer fuerte y segura esconde un corazón de oro.

Rebeca (treinta años), con pareja, enfermera. Después de perseguir su verdadero amor durante ocho años, consiguió conquistarlo. Actualmente son una pareja estable, aunque huye de la palabra «novio» y lo presenta como amigo.

Sandra (treinta y cuatro años), soltera y estupenda (otra más). Funcionaria, no ha tenido suerte en el amor. Después de una larga relación que estuvo a punto de acabar en boda, todo se acabó. Ella se quedó con el piso y la hipoteca. Él se quedó solo.

Tania (veinticinco años), soltera y estupenda (desde hace poco, lo de soltera, claro). La más joven del grupo, recepcionista de hotel. Aunque le he conocido varias relaciones, la última es la que más fuerte le llegó. Después de tres rupturas con el mismo hombre, ha decidido que esta vez es la definitiva. Ahora mismo, odia a todo hombre sobre la faz de la tierra.

Vane (veintiocho años), contable y con pareja desde los quince. Aunque todavía no habla de boda, yo sé que pronto «caerá». Ella es la causante de que todavía tenga fe en el amor y la que insista en que me centre en mi vida (en lo que a hombres se refiere).

Espero que estos pequeños apuntes os ayuden a entender mejor mi historia o, mejor dicho, nuestra historia.

El beso

Me acabo de acordar de un beso. No del primero que ya os conté, ni el más salvaje, no, no. Me he acordado de: ¡EL BESO! Ese que tiene que escribirse en mayúsculas. El que hace que el corazón se acelere, nos tiemblen las piernas y nuestro alrededor desaparezca como si en ese momento solo existiéramos nosotros dos. Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo. ¡Qué recuerdos! Llega un momento en que, en los besos, como en todo, la rutina lo inunda y se convierte en algo cotidiano que hacemos sin sentimiento. Yo intento que siempre lo tengan. Si no, ¿para qué besar? Pero también sé que hay tantos besos falsos como personas falsas. Bueno, que empiezo a filosofar y a desvariar y no os cuento la historia.

Hoy he recordado uno de esos BESOS (sí, de esos de temblores y palpitaciones). Pasó hace no mucho tiempo y cada vez que lo recuerdo me parece estar viendo una comedia romántica americana (no sé por qué). Os cuento cómo sucedió: era la cuarta o quinta cita (soy muy mala para recordar los números y las fechas) que tenía con un chico estupendo, atento, amable, divertido... Sí, sí, también era guapo, muy guapo, bueno, lo es todavía. Salíamos, cenábamos e íbamos a tomar algo, pero, aunque era evidente que había una gran atracción entre los dos, nunca sucedía nada. Ese día, para corregir ese gran y terrible error, salí dispuesta a lanzarle (disimuladamente) indirectas sutiles para que él supiera que lo deseaba. Qué decir que en la cena las indirectas sutiles quedaron descartadas porque, o bien no se enteraba, o se reía como si estuviera contándole un chiste tras otro. Luego, en el cine, ya no se podía hablar (mi intención era no haber llegado al cine, pero...). Plan B: cuando llevábamos una hora y cuarto de película (suponiendo que en breve terminaría), apoyé mi cabeza sobre su hombro. Él no dijo nada ni hizo nada, y ahí me quedé yo, con el cuello doblado hasta que terminó la dichosa película. Un consejo para todos: leed la duración que tiene la peli; esta duró unas dos horas y cuarenta y cinco minutos. Imaginad cómo acabó mi cuello. Plan B, fracasado.

Cuello, agarrotado. Pasaría, entonces, al plan C. Menos mal que el alfabeto tiene letras suficientes, o eso esperaba. Salimos del cine: yo, dolorida con el cuello hecho trizas y él, encantado por el películón que habíamos visto (yo no recuerdo ni de qué iba). Íbamos paseando y le cogí de un brazo y me acerqué a él todo lo que pude. Por supuesto, también fracasó el plan. A los pocos minutos parecíamos dos abuelos paseando, como si lleváramos años cogidos del mismo brazo.

Ya no se me ocurría nada más, bueno sí, besarle yo. Pero mi orgullo en ese momento me lo impedía, así que desistí porque, además, parecía evidente que me había confundido y malentendido la tensión. Me planteé que había sido todo culpa de mi fantástica imaginación. Ahora pasó justo lo contrario que en las películas. Esa parte en la que el chico acompaña a la chica a casa y ella le invita a subir. Sabéis cuál os digo, ¿no? Pues en mi historia lo que pasó es que yo le acompañé a su casa y él se ofreció a llamar un taxi para que me llevara a casa. ¿Cómo os habéis quedado? Supongo que flipando, como me quedé yo. Así que llamó a un taxi. Me despedí cordialmente de él con un ligero levantamiento de mano y me metí en el taxi. El taxista no dijo nada, pero sé que vio mi cara de desilusión. Solo le dije mi dirección y se puso en marcha.

¿Y dónde está el beso? Esperad, impacientes, que sois unos impacientes. No llevaba ni un minuto sentada en el taxi cuando sonó mi móvil: era un mensaje y era él. Pensé que me había dejado algo o era que ya no quería volver a verme nunca más. Abro el mensaje y leo: «Nora, perdona por el mensaje. Solo quiero decirte que me muero por besarte». Fin del mensaje.

—¡¡PARE, PARE!! —grito al taxista, que piensa que me he vuelto loca. Respiro un poco—: Vuelva adonde me ha recogido, por favor.

—¿Segura?

—Sí, coño, que sí —cuando me pongo nerviosa, digo muchos tacos. A la vez, le estoy escribiendo un mensaje: «En tu puerta, ya».

Llegamos casi al mismo momento: yo bajaba del taxi y él salía por la puerta del rellano. Vino hacía mí, me sujetó la cara con las dos manos, me acercó hacía él y me besó. De la forma más dulce y tierna que jamás me habría esperado.

— ¡Señorita! ¿La espero? —Pero qué tocapelotas es este taxista.

Miré al taxista con odio, miré a mi besador, que tenía una sonrisa entre boba y pícara, que me encanta, y contesté al taxista:

—No, gracias, me quedo aquí.

Lo que sucedió el resto de la noche me lo guardo para mí. Al día siguiente, tuve que ir a la oficina con la misma ropa, pero os aseguro que mereció la pena. ¿Para cuándo el próximo BESO?

Cena de gala

Esta semana me tocó salir de la oficina y asistir a uno de los pocos congresos que tengo al año. En concreto, tengo dos: el provincial y el nacional. Es una oportunidad para salir de la rutina y conocer a más gente del sector y descubrir nuevas tendencias. En esta ocasión, se trataba del nacional.

Después de tres días intensos de congreso, por fin se acabaron las charlas y los horarios imposibles. Solo quedaba el último acto protocolario, y a dormir. Qué ganas tenía de ir a la cama y descansar. Y quería ir sola, sí, sola, solo quería dormir. Se trataba de la cena de gala protocolaria. Mesas redondas en las que te sientan con gente que no conoces de nada, solo de haberlas visto los días anteriores merodeando las mismas salas que tú. Me acomodo en el que han decidido que será mi asiento. A mi derecha, una pareja encantadora, andaluza; a mi izquierda, una señora vasca y enfrente, un chico manchego muy simpático. Con el resto de la mesa no llego casi a comunicarme, ni siquiera con la mirada. Por suerte, pronto traen el primer vino. No puedo quejarme de las vistas (no por el chico, mal pensados), estoy justo frente al escenario, desde donde nos deleitan con agradables canciones que maridan nuestra cena. Por cierto, y sin que sirva de precedente, os recomiendo un vino bobal de Utiel-Requena. Fue un gran descubrimiento. Si lo probáis, ya me diréis qué opináis. La cena, la música y el ambiente son agradables, pero no puedo dejar de pensar que es tarde, tengo sueño y madrugo al día siguiente.

Una vez terminados los postres, nos avisan de que un coche nos espera para llevarnos o a un local muy *cool* para tomar la última copa o al hotel para descansar. Aunque parezca mentira, más aún siendo la más joven del lugar, escojo la segunda opción. No me reconozco. Y sé que vosotros tampoco os lo termináis de creer.

Llegamos al hotel y me despido de los que me acompañaron durante el viaje. En la misma puerta del hotel me arrepiento de encerrarme tan pronto. Así que decido dar una pequeña vuelta a la manzana. Apenas he notado el aire fresco en tres días y sentir la

brisa en mi rostro me hace sentir mejor. Vuelvo al hotel, subo hasta mi planta y, cuando voy a abrir la puerta, ahí estaba él. ¿El manchego agradable? No. El fotógrafo oficial de todo el acto. Tres días en el mismo hotel y lo descubro la última noche. Nuestras miradas han tonteado constantemente desde que comenzó todo esto. Ahora no recuerdo cuándo fue la primera vez porque ya me parecen todos los días iguales. No sabemos ni nuestro nombre, ni siquiera que nos alojábamos en el mismo hotel, en la misma planta y, lo que es mejor, en el mismo pasillo. Nos saludamos cortésmente con un «Buenas noches» y entro en mi habitación.

Una vez dentro, me imagino todo lo que podríamos haber hecho si hubiéramos sabido esto un par de días antes. Pero ahora ya es tarde. Me pregunto a mí misma: «Nora, ¿de verdad que es tarde? ¿No te apetece hacer ninguna locura?». Y automáticamente me respondo en voz alta:

—No más locuras por hoy. —Ninguna hasta el momento—. Tengo demasiado sueño.

Sé que es tarde, pero necesito una ducha antes de acostarme. Me duelen los pies, las cervicales, todo. Necesito un momento de relajación. Son solo cinco minutos de relajación con agua caliente, pero suficiente como para haberme quitado una tonelada de tensión acumulada. Cojo la toalla y voy hacia la cama. De camino, oigo un ruido. «¿Ha sido un golpe en la puerta? Me lo habré inventado», pienso. Pero lo vuelvo a escuchar. Están llamando a mi puerta y yo, para no perder la costumbre, con el atuendo menos adecuado para abrirla.

Me puede más la curiosidad que la razón y decido asomarme a ver quién es el que llama a mi puerta a esas horas. ¿Y quién creéis que es? ¿El fotógrafo? ¿El manchego agradable? ¿El de recepción? Seguro que habéis acertado a la primera: ahí está «mi fotógrafo». Tiene las mejillas sonrosadas, no para de tocarse las manos y mueve una pierna de manera nerviosa. Creo que estaba a punto de arrepentirse de haber llamado y marcharse.

—Buenas noches —le digo de nuevo, asomando solo la cabeza por la puerta.

—Perdona, sé que no son horas, pero, como te vi hace un rato, me preguntaba si te apetecería salir a tomar una copa a algún sitio

por aquí cerca.

—La verdad es que no me apetece nada —le digo mientras veo como su rostro va relajándose y cambiando a un gesto de decepción—. No me apetece nada volver a vestirme. —Y abro un poco más la puerta para que vea que solo llevo una toalla como atuendo (qué mala soy cuando quiero).

—¡Va-va-va-vale! —El pobre no puede ni hablar. Está a punto de marcharse. Creo que necesita otra señal para entender mejor mi lenguaje corporal.

—¿Si no te importa que la copa sea del minibar? A esta invito yo. —Abrí más la puerta y me dirigí hacia el minibar, esperando que él me siguiera.

Cuando volví a mirar hacia atrás, él todavía seguía plantado en el mismo lugar. No se había movido nada, ni pestañeaba.

—¿Y bien? —pregunté intentando que no se notara mi desánimo.

No contestó y entró. Cerró la puerta a su espalda y, mientras se acercaba a mí, se quitó la chaqueta y lanzó la corbata. ¡Por fin! Ya había entendido el mensaje. Y a mí se me olvidó coger la copa y, no sé cómo, se me cayó la toalla.

Indecisa

Hace unos días estuve cotilleando revistas del corazón que había comprado para mi viaje en tren, el de regreso del congreso. A esas lecturas las llamo «revistas para no pensar». Me leí un par en apenas unos minutos, solo me llamó un artículo la atención y fue al que más tiempo dediqué. Se titulaba: *La mujer puma*. Desde que leí ese artículo, me he obsesionado con analizar el tipo de hombre que me gusta. Lo que me llamó la atención no fue el título del artículo, sino lo que continuaba: «Te presentamos a las “puma”. Tienen treinta y tantos, independencia económica, una carrera profesional sólida y... ¡son un imán para los chicos más jóvenes. ¿Serás tú una de ellas?».

Solo con leer eso me sentí algo, no del todo, identificada y seguí leyendo:

Después de terminar la carrera, eligen centrarse en el trabajo, hacen de la independencia económica su prioridad y posponen las relaciones estables hasta estar bien asentadas profesionalmente. Y cuando lo logran, no dudan en lanzarse a la caza y captura de un compañero.

El parecido era considerable. No quiero ser clasificada como una mujer puma más. No espero entrar en ninguna categoría o pensar que sigo cualquier tipo de moda. ¿Modas, yo? Esto que os acabo de contar es lo que provocó que el fin de semana pasado tuviera ciertas dudas. Os pongo en situación.

No esperaba salir mucho. Tomar un par de cervezas como mucho, y a casa (obviamente aguanté hasta que amaneció, como siempre ocurre cuando digo eso). Tania propuso cambiar de zona de salida, necesitaba nuevos aires. Me pareció una idea perfecta porque me siento un poco agobiada al ver que todos mis amores del pasado están regresando a mi vida. Mental y físicamente. Prefería cualquier lugar donde supiera que no me los fuera a encontrar.

Llamamos a más chicas, «noche de chicas», todas solteras, menos una (¡menudo peligro!). Nos recorrimos varios locales y en todos nos sentíamos como forasteras. Pero de las forasteras que llegan a un pueblo ansioso de recibir caras nuevas, muy hospitalario. Esto se tradujo en invitaciones a copas, chupitos...

Vale, vale, voy a dejar de hablar de alcohol y de bebidas y contar cuál fue mi dilema. En el primer local se nos incorporó una compañía masculina. En el siguiente, lo hicieron dos más (uno de ellos era uno de mis dilemas) y en el tercero, otro más (el segundo de los dilemas). Al primero lo llamaremos David y al segundo, José (así les llamaba cuando no recordaba su nombre).

Mi dilema ahora era decidir con cuál de los dos salir (qué dilema más tonto). Ambos me dejaron claras sus intenciones, pero yo, no sé si por el alcohol en sangre (prometo no volver a hacerlo) o por todo lo que había estado pensando anteriormente, no pude decidir en ese momento. Os describo un poco a mis dos pretendientes: David (no se llama así, pero así lo he bautizado), veintitrés añitos, vive con sus padres, con trabajo, pelo negro, unos ojos azules y una boquita de piñón impresionante. Y José (otro nombre inventado), treinta y cinco años, empresario, piso en la ciudad y una casa en su pueblo. Físicamente normalito, un moreno de ojos marrones del montón. Claramente, y a simple vista, me sentí atraída por David desde el primer momento en que lo vi. Todo entra primero por los ojos y había una buena percha. La atracción duró hasta que me dijo su edad. En ese momento pensé: «Por Dios, Nora. Algún día vas a ir directamente a la cuna a por ellos. Parezco Madonna. No quieres ser una mujer puma, ¿recuerdas?». Así que, armándome de valor, luché contra todas sus armas de seducción (cuánto esfuerzo gastado), hasta que apareció José en el siguiente local. Me pareció divertido, no podía parar de reír con él, me lo estaba pasando muy bien.

A cierta hora de la noche, David decidió que era momento de irse y me preguntó qué iba a hacer. Me preguntó si me iba con él, pero yo me quedé. Mucho más tarde, fue José quien decidió que quería irse, que si me iba con él. Y yo, de nuevo, me volví a quedar. Este fin de semana puedo quedar con uno de los dos, aunque ya no

sé si seguirán teniendo intención de salir conmigo. ¿Con cuál os quedaríais? ¿A quién elijo?

Unos que vuelven

No sé si al resto del mundo le pasará lo mismo que a mí. Cuando consigo levantar la cabeza, cuando olvido a todos los hombres que han pasado por mi vida, en resumen, cuando consigo hacer borrón y cuenta nueva, entonces, sucede lo de siempre: los viejos amores reaparecen. Y vuelven como si tal cosa, como si los estuviera esperando con los brazos abiertos y no hubiera pasado nada, ni siquiera el tiempo. No hace tanto ya dije que resurgió mi ex, después de diez años. Ahora sé que Javi, el desaparecido, vuelve de Nueva York el próximo año. El político me ha enviado algún mensaje y, hoy, el albañil ha aparecido en mi oficina. Como era de esperar, y como ya predije, han tenido que volver para terminar el trabajo que no acabaron. Pero, claro, cuando esto sucede meses después, por no decir un año, y sin previo aviso, pues sorprende. Era la única que lo sabía. Pasas una semana fuera de la oficina y, cuando vuelves, se presentan estas sorpresas.

Creo que debería cambiar de ciudad, de teléfono, de nombre y de vida. Necesito desaparecer, porque, si no, será imposible dejar todo esto atrás. ¡Qué razón tenía la *Cosmo*! La mujer puma se cansa antes de los hombres que los hombres de ella.

Y si es verdad que existe el destino ya veremos qué se trae entre manos. Porque digo yo que todo esto tendrá algún sentido. Tal vez sea un experimento social al estilo *El show de Truman*, aunque no consigo adivinar dónde han podido colocar las cámaras.

Ahora que había pensado en relajarme, tomarme la vida de otra manera, olvidarme de las relaciones cortas con rupturas dolorosas y estar sola... ¿No existe la jubilación de las amantes?

Corderito

Otra vez estamos a lunes. Parece que fue ayer cuando me preparaba para afrontar el fin de semana y mi gran dilema. Al final, para no perder la costumbre, todo lo que planeé se torció, así que no hubo cita ni con uno ni con otro. No hubo oportunidad de elegir.

Después de saber que mi plan se había convertido en un plan fallido, pensé en acostarme y descansar. Lo necesitaba después de toda una semana de trabajo intenso. Cuando me disponía a ir a la cama, me dio un arrebató: ¿hay algún problema en salir sola? Pensé que no tenía ninguno. Así que me fui a la ducha, me vestí, me maquillé y me dispuse a salir. Aunque, de primeras, había pensado que no tenía ningún problema en salir sola, tampoco me apetecía mucho, por lo que fui a los locales de costumbre, por si tenía la suerte de coincidir con alguien.

Tuve suerte: en el primer local al que fui estaba Rebeca con su novio y pude tomarme una copa tranquila y teniendo una agradable conversación. Les extrañó verme sola, pero les mentí. Dije que había quedado con alguien más tarde y que estaba esperando. Parece que mi historia les convenció y cambiamos de tema.

Cuando se marcharon, pensé en qué debía hacer: volver a casa o seguir un poco más. Decidí aguantar un poco más y apareció Tania acompañada de un amigo. Yo era conocedora de su cita, al igual que ella sabía de la mía (la que no se produjo), por eso no habíamos quedado nosotras. Cuando me vio, me preguntó por mi chico y, cuando le conté lo sucedido, me invitó a quedarme con ellos.

Me tomé otra copa y cambiamos de local. Cuál fue mi sorpresa cuando, nada más llegar, Tania me dice que no se encuentra bien, que se va a casa y nos deja solos a su amigo y a mí. Aunque intentamos disimular que nos incomoda la situación, al final es más que evidente. Será muy simpático, pero no nos conocemos de nada. La farsa dura unos quince minutos, lo que aguanta antes de despedirse. Vuelvo a quedarme sola. Miro mi vaso, todavía a la

mitad, y lo tengo claro: ¡en cuanto me lo acabe, pido un taxi y me voy a casa!

Estoy en la barra, bebiendo tranquilamente, cuando me giro para ver el ambiente en la pista de baile y me doy cuenta de que prácticamente es un «campo de nabos» (perdón, perdón, no quería decir eso, el *polite* se ha ido ya a dormir), está lleno de hombres. Se ven unas cuantas mujeres, todas emparejadas. No sé por qué antes no me había percatado.

Vuelvo a mirar hacia la barra, también cubierta por completo de presencia masculina, y decido que es mejor que me centre en mi copa (me sorprende a mí misma por no tener ningún interés en ninguno de ellos).

Vuelvo a girarme, ya me queda menos para terminar mi bebida. ¿Qué hacen estos dos tíos aquí? Tengo a dos individuos mirándome fijamente, están casi pegados a mí. Alargan su bebida, ofreciéndomela. Cojo mi copa para indicarles que ya tengo la mía. Me vuelvo a girar hacia la barra. Noto como se clavan sus miradas en mi nuca. ¡No! ¡En la nuca, no! ¡Me están mirando el CULO! Vuelvo a mirar, a ver si, por suerte, han desaparecido. Pero no, siguen ahí. Uno de ellos se acerca:

—¡Hola, guapa! ¿Estás sola?

¡¡¡Uff!!! En cuanto me dijo eso en un tono extraño, con la expresión de estar desnudándose con la mirada, me sentí como un pobre corderito rodeado por lobos. Le sonreí y le contesté que no, que estaba esperando a que volvieran del baño. Les pregunté si podrían vigilarme la copa, que volvía en unos instantes. Ellos aceptaron y salí corriendo. Recogí mi chaqueta, fui hacia la calle y no esperé a que llegara un taxi. Hui y me salvé por los pelos de los lobos.

Daño colateral

¡Ufff! ¡Dios! ¡Qué dolor de cabeza! No pienso abrir los ojos todavía. Noto como entra el sol por la ventana y no, no pienso salir de la cama hasta que no tenga más remedio que hacerlo. ¡Menuda novecita! Estoy sufriendo lo que suelo llamar un daño colateral. Estaréis pensando: esta lo que tiene es un resacón, ¡pues también! ¡Tenéis toda la razón! Pero sigue siendo un daño colateral, además de una consecuencia obvia de todo lo acontecido en la noche (lo reconozco).

Ahora, tumbada en la cama, trato de recordar el orden de los acontecimientos. Recuerdo que no iba a salir. Estaba en casa, ya en pijama y en el sofá adelantando una propuesta para el lunes. Sonó el teléfono y era Tania. Estaba agobiada de estar en casa, y desde que no tiene pareja necesita salir para despejarse y no pensar en él. Ya le he perdonado el abandono del otro día. No tenía ninguna intención de salir. Pero a una amiga en crisis hay que ayudarla siempre, por eso somos amigas. Eso sí, le dije:

—Una copa y nos volvemos a casa, que tengo deberes que hacer.

—Sí, sí, no te preocupes, que yo también tengo cosas que hacer mañana.

Ay, ¡ilusas! Si cuando dices eso, te estás sentenciando a una noche loca y desenfundada. Así que me puse lo primero que encontré: la ropa con la que había ido a trabajar ese día. No me maquillo (¿para qué? Con lo que me costó desmaquillarme antes de cenar). Ya estoy preparada para salir. Tania ya está abajo, en el portal. Para hacer tiempo mientras yo me arreglaba, ella decidió acercarse a mi casa. Y ahí estamos las dos, dos solteras en la ciudad un sábado noche. Empezamos bien. Primero, nos tomamos un café en una cafetería tranquila. Hablamos de nuestras cosas, en realidad, nuestras cosas en ese momento se resumían en poner verde a nuestros ex. Después del café y de nuestra conversación, nos encontramos más animadas, así que decidimos acercarnos a La Calle, nos pedimos unos refrescos, y ahí empezó a torcerse la cosa.

Estábamos sentadas en la barra y, de repente y sin saber cómo, comenzaron a acercarse hombres. Era como si tuvieran un radar o nosotras un cartel de «libre». Para mi sorpresa, y después de nuestra conversación, Tania parecía tener menos asco al sexo masculino de lo que una hora antes aseguraba. Y ahí estábamos las dos, recibiendo invitaciones, chupitos, copas, cervezas... lo que quisiéramos. Y a partir de ese momento fue cuando dejé de tener noción del tiempo y de lo que sucedía. Tengo vagos recuerdos de ir a una discoteca, a la que, por supuesto, entramos gratis. Entre nosotras tenemos un pacto: si sales solo para tomar una copa, no salimos con más de quince euros, así, en cuanto se acaba el dinero, hay que volver a casa, y hay que guardar para el taxi, por supuesto.

Recuerdo mirar el reloj y decirle a Tania que ya eran las cuatro de la mañana, que era hora de ir a casa, pero, no sé cómo ni por qué, algo pasó y nos quedamos. No sé cómo llegué a mi casa, pero aquí estoy, sana y salva. Y, más importante, en mi propia cama.

En fin, creo que es el momento de levantarme y darme una ducha. A ver si me despierto y me tomo una aspirina para el dolor de cabeza. La espalda la tengo hecha polvo, no entiendo por qué he dormido encogida en un lado de la cama. ¡Si tengo cama para mí sola! O espera, ¿qué es lo que palpo detrás de mí? A ver... que soy muy capaz de haber metido cualquier cosa en la cama. Pues sí, metí algo en la cama.

¿Y este quién narices es? Pues nada, no solo tengo resaca y un dolor de espalda terrible, sino que también tengo otro daño colateral más. Esta semana no ayudo a ninguna otra amiga más en crisis. Y al tío este ya le preguntaré cómo se llama cuando despierte. ¿Querrá café?

Y, por fin, llegó la felicidad

Supongo que también habréis tenido un día como el que he tenido hoy o, al menos, habréis pasado por esta misma sensación alguna vez. Hoy es un día francamente malo. Hablando de manera objetiva, hace un frío de narices, medio nublado y aire helado que destroza cualquiera de los peinados que osan salir a la calle. Y el trabajo, además de monótono, un sin parar de llamadas, visitas inoportunas, trabajos para rehacer, *e-mails* que enviar y mensajes sin contestar. Lo que se conoce como un auténtico caos o día de mierda. Como os decía, así es el día mirándolo de manera objetiva. Pero ¿sabéis cómo lo veía yo?

Me he levantado antes de la hora (muy raro en mí), con una vitalidad y energía impropia en mí un viernes después de una semana dura de trabajo. Desayuno y es ¡tan pronto! Me asomo a la ventana y decido que es un día maravilloso para ir al trabajo dando un paseo. Recordáis cómo era el día, ¿verdad? Tampoco me importa que esté a más de cuarenta y cinco minutos a pie. Hoy me olvido de taxi o metro. El aire congela mis mejillas y una fuerte racha de viento hace que mi simpático gorro salga volando. Pero no me importa, sigo sonriendo, lo recojo y me lo vuelvo a poner sin preocuparme de qué manera se haya acomodado sobre mi cabeza. Llego a la oficina, completamente congelada y despeinada como si un gato hubiera dormido sobre mi cabeza. Da igual, nada importa, ¡estoy feliz!

En la oficina, como os podéis imaginar, es un no parar, pero, a veces, durante unos segundos, el mundo se detiene para permitirme pensar en él y se dibuja en mi rostro una sonrisa. Esa estúpida sonrisa. ¿Os he dicho que es un día maravilloso? Mis compañeros están atacados de los nerviosos, el trabajo no sale, no vamos a llegar a tiempo. Y a mí me importa un carajo el tiempo y si sale el trabajo. ¡Soy feliz!

¿A qué se debe tanta felicidad? A que por fin, después de unos años, vuelvo a sentir esas mariposas en el estómago. Se me sonrojan las mejillas cada vez que le veo y me tiemblan las piernas

cada vez que me habla. Sé que ya lo sabéis u os lo imagináis:
¡ESTOY ENAMORADA!

No os creáis que quien me roba el sueño y suspiros es mi amigo del café, ni siquiera me agradeció el detalle de haberle preparado y reservado media cafetera. Después de tomarme una pastilla y un café bien cargado decidí que necesitaba dormir un poco más. No me apetecía volver a la habitación y seguir compartiendo cama con un desconocido que en ese momento ya había acaparado la cama por completo. Así que me acomodé en mi fantástico sofá, que ese día me parecía el más cómodo del mundo. A mitad de la mañana oí como el sujeto en cuestión intentaba huir del apartamento y tenía dificultades para encontrar la puerta de salida. Me asomé disimuladamente por un lateral del sofá y aguanté la risa cuando casi intenta salir abriendo la puerta del armario empotrado del recibidor. Finalmente encontró la salida y ya no volví a saber nada de él. Si todo funciona y va bien, pronto conoceréis a mi chico. No quiero adelantar acontecimientos. Solo necesito tiempo.

Nada es para siempre

Si ya sabía yo que nada es para siempre, sobre todo, si hablamos de mí y mis enamoramientos. No sé si lo mío es mala suerte o mal ojo a la hora de elegir. Cinco meses me ha durado esta ceguera y, como siempre me pasa, la ceguera se me fue de golpe, a las malas.

Todo era maravilloso, estupendo y fantástico. Parecía que nada ni nadie podría estropear mi felicidad. Sebas era (y es) divertido, atento, guapo e inteligente. Podía hablar de cualquier cosa con él, era mi «hombre perfecto». Nos conocimos en la librería (siempre voy a la misma), lugar donde nunca he intentado ligar ni se me ha pasado por la cabeza. No parece el sitio más indicado para buscar pareja. Yo intentaba alcanzar un libro de la estantería superior. Arduo trabajo debido a mi estatura y, de repente, una mano se alzó, cogió el libro y me lo acercó. Me quedé encantada de tener el libro en mis manos y cuando me giré para dar las gracias, ahí estaba él. Pelo negro, tez morena, ojos azules, labios carnosos... sin duda, mi hombre ideal. No me salían las palabras, estaba boquiabierta y ojiplática, así que habló él por mí. Fue una conversación agradable y me invitó a tomar un café (todos me invitan a café, tendré cara de cafetera). Nos dimos los números de teléfono y así empezó todo: viéndonos cuando podíamos. Me llamaba todos los días aunque solo fuera para decirme lo maravillosa que era, recibía bombones y flores sin tarjeta en la oficina. Cada día era una sorpresa y, raro en mí, sorpresas agradables.

Todo era perfecto hasta que llegó el día, aquel fatídico día. Quedé con él para ir al cine, el que está cerca de su ático (ya quisiera yo uno igual). Como vive tan cerca, decidimos que pasaría a recogerle. No estaba listo todavía, así que subí hasta su casa y me senté en el sillón a esperarle. En la pequeña mesa junto al sofá había un libro, quise echarle un vistazo y, como separador, había un pequeño papel con unas notas escritas a mano. Me resultaron algo extrañas y, ya que soy curiosa (o cotilla) por naturaleza, saqué mi libreta y un boli del bolso (algo que nunca me falta) y las anoté. Dejé

el libro, salió y fuimos al cine. Todavía seguía siendo todo estupendo.

Al llegar a casa me conecté a internet y empecé a indagar y... ¡sorpresa! Descubrí el defecto de mi «hombre perfecto». Salía con un fantástico timador. Ya no me sorprendía tanto que tuviera un ático: entre fraudes a aseguradoras, créditos falsos, falsificación de documentación... Claro que, de todo esto, me fui enterando poco a poco. Cuando empecé a investigar, pensaba que sería algo más pequeño o, al menos, eso parecía. Pero cuando empecé a tirar del hilo, salió todo lo demás. Quise hacerme la tonta, pero no sé hacerlo, así que pensé que lo mejor sería dejarlo y olvidarlo (aunque parte de mi mente me pedía que lo denunciara). Me dirigí a su casa, iba a cortar por lo sano con esta relación, pero ya llegué tarde. La policía había llegado a la misma conclusión que yo y ya había sido arrestado.

Ya sé, estas cosas solo me pueden pasar a mí, es como si viviera en una continua película de enredo. Parece que tengo un imán que las atrae, ¿y todo esto en cinco meses? ¿Cómo puede pasar tanto y cambiarte la vida tan rápido? Puede que mi destino sea estar sola, dedicarme a tener amantes, ir de flor en flor, pero nunca una pareja estable. Bueno, puede que tampoco esté del todo mal. Al fin y al cabo, vuelve la Nora soltera.

Todo se complica

Hace poco más de un mes que Sebas está en la cárcel y, aunque pensé en volver rápidamente a mi vida de amante soltera, no pude. Vale que Sebas era un estafador, pero los cinco meses junto a él fueron los más bonitos de mi vida. No he ido a visitarlo, no es que pueda recibir muchas visitas, aunque tampoco me he molestado en informarme de cuándo podría ir a verlo. Mi cabeza está hecha un completo lío. Sé que siento algo por él (seguramente mi típica atracción hacia relaciones sin futuro), pero ¿y si hay algo más? ¿Y si es el amor de mi vida?

Hoy el tráfico está horrible, atascos por todas partes, como casi siempre. Y esto no es lo peor de todo. Lo que me está quitando el sueño es que tengo tres semanas y media de retraso. Supongo que ya os imaginareis de lo que os estoy hablando porque no pienso dar más explicaciones. Así que llevo unas semanitas... cómo decirlo... ¡histórica!

Durante los primeros siete días del retraso no le di la mayor importancia. Suponía que el estrés del trabajo y todo lo ocurrido con mis dilemas habían alterado mis hormonas.

Al pasar la primera semana, ya me empecé a preocupar, así que salí una mañana antes de casa para acercarme a una farmacia y comprar un test de embarazo. ¿Cuántas probabilidades creéis que hay de ir a la farmacia de la otra punta de la ciudad y que quien te vaya a atender sea una antigua compañera de instituto que, además, es conocida de una compañera de trabajo? Yo no lo sé, pero en cuanto la vi y me reconoció, pensé: «Esta no se puede enterar de lo que me pasa». Así que después del típico saludo, de cuánto tiempo, qué tal el trabajo, etcétera, le pedí una caja de caramelos para el dolor de garganta.

Me puse a buscar otra farmacia. Cuando la encontré, me asomé para ver quién atendía y quiénes eran los clientes. Cuando me aseguré de que no conocía a nadie, entré. Delante de mí estaba una mujer mayor. Solo atendía una chica y la mujer no se aclaraba ni con las recetas ni con los medicamentos. ¡Qué lentitud! Así que me

tocó esperar pacientemente a que se lo explicaran. Ya parecía que la mujer se iba centrando cuando se abrió la puerta y apareció un chico impresionante. Dio los buenos días y sonrió mirándome fijamente y, claro, soy Nora. No lo puedo evitar.

—Señora, ¿qué desea? —Es la farmacéutica. Ya es mi turno y no voy a pedir un test de embarazo delante de este monumento (me refiero al chico, no a la farmacéutica), que no lo quiero asustar y un test de embarazo hace huir al más valiente de los hombres.

—¿Señora? —La chica insiste. No estoy sorda. «Venga, Nora, piensa algo rápido, piensa».

—Sí, perdone. Querría... una caja de condones.

«¿Condomes? ¡Joder, Nora! ¿Pero en qué estabas pensando?». Ya sé lo que estaba pensando y también qué era lo que tenía justo frente a mí. Gran cantidad de preservativos estaban ahí expuestos, por tamaños, por sabores y por suavidad.

Así que, nada, en la segunda farmacia tampoco hubo éxito. Y ya llegaba tarde al trabajo, eso sí, con caramelos y condones (buena compra). Me fui directa a la oficina.

Al día siguiente pude, por fin, comprar un test y me hice la prueba en cuanto llegué a casa: ¡NEGATIVO! Menuda alegría. Leo el prospecto y me aseguran que es fiable al noventa por cien: si sale positivo, no hay ninguna duda; pero si es negativo, puede haber un error (¿que puede haber error? ¡Mierda! No es seguro).

«Nora, es casi seguro, lo tuyo son nervios», me digo. Esto me lo repito mentalmente, la vocecita que todavía habla con sensatez y evita que cunda el pánico.

Tercera semana, y nada. ¡Que no viene! Nunca pensé que la echaría tanto de menos. Ahora solo veo embarazadas por la calle, tiendas de bebé, carritos e, incluso, un anuncio en televisión, que no sabía que existía, de un test de embarazo y ovulación. Creo que me estoy volviendo loca. Me he comprado dos test de embarazo más, que también han dado negativo. Ya solo me queda una cosa por hacer y es ir al ginecólogo.

A ver, sé que soy un poco fresca, que he estado con bastantes hombres, pero tomo precauciones. Aunque un ginecólogo, no sé, me da... ¿grima? Sí, grima es la palabra. A quien le cuente que, con

treinta años, nunca he ido al ginecólogo... Ahora me parece que va a ser mi primera vez. ¿Será lo mío un embarazo psicológico? ¿O solo el estrés? ¿O estoy realmente embarazada? Ya vuelvo a agobiarme.

Fuera de dudas

Como os dije la semana pasada, ya estaba concienciada y convencida de que tenía que ir al ginecólogo, pero, por supuesto, no iba a ir a cualquiera. Tenía claro que quería que fuera una mujer, así que ya tenía descartados unos cuantos. Busqué por internet, en varias guías y, al final, acabé siguiendo las recomendaciones de mis amigas. Me dieron el teléfono de una ginecóloga estupenda, a cien euros la consulta y con una lista de espera enorme, tanta que, cuando llamé, me dieron para dos semanas más tarde.

—¿Tan tarde? —le dije a la chica que apuntaba las visitas.

—Si no se trata de una urgencia... —Bueno, para mí es una urgencia, pero a nivel médico, si es un embarazo, lo estaré igual mañana que dentro de dos semanas.

—Sí, es una cuestión de vida o muerte. —¡A tomar por saco mi conciencia y mi lógica! Y me dio cita para el día siguiente.

Esa noche ya dormí algo más tranquila. Una especialista me diría qué le pasaba a mi cuerpo. Y pasó lo que pasa en estos casos. Al siguiente día, ¡me bajó! (ya sabéis a qué me refiero). Sí, como os lo cuento, se pasa más de un mes sin venir y, cuando tengo cita con la ginecóloga, va y se presenta. Siempre tan oportuna. Lo estuve pensando: ¿cancelaba la cita? Lo medité detenidamente durante bastante tiempo y, finalmente, decidí que lo mejor era acudir a esa visita. Sí, porque tarde o temprano tendría que ir y tampoco era normal ese desajuste.

Convencí a una amiga para que me acompañara. Estaba aterrorizada, ¡a mi edad! Nos pasaron a la sala de espera: estaba llena. Chicas bastante jóvenes, embarazadas de mi edad... seguro que ellas habían venido más de una vez.

Después de casi una hora me llamaron. Lo primero, al no tener historial, fue hacerme una pequeña entrevista: edad, estado civil, antecedentes familiares, enfermedades. La pregunta más embarazosa, cuando le dije que no tenía pareja estable y me preguntó con cuántos hombres había estado. ¡Ejem! Lo que le contesté:

—¿Durante este año? —Ella me miró entre sorprendida y divertida.

—Bien, los de este año. Con eso me sirve. —Vi en su mirada que, aunque le divertía, no me juzgaba, y eso me alivió.

Estaba tan nerviosa que no sé qué número dije. No sé si me pasé o me quedé corta. De todas maneras, me daba la sensación que cualquier número mayor de uno sería demasiado alto. Para mi sorpresa, ella me dijo:

—No te ruborices. Tengo pacientes de dieciséis años que han tenido más. Cada vez son más precoces.

—¡Qué barbaridad! Yo que me sentía tan mal... ¿Con dieciséis años? Yo a esa edad solo pensaba en jugar con las muñecas y salir en bici con los amigos.

—Los tiempos cambian. Bueno, Eleonora, con esto es suficiente. Ahora tengo que explorarte. ¿Preparada?

Asentí. No sé cómo los nervios se me habían pasado. Hablar con la médico de forma tan natural me dio mucha confianza. La exploración fue bien, ni me dolió ni me sentí intimidada. Y, por suerte, todo estaba correcto. Mis desajustes se debían más al estrés emocional y mental que a ninguna enfermedad o posible embarazo.

En fin, que no voy a ser mamá y que ya no soy virgen, porque, ginecológicamente hablando, ha sido mi primera vez.

¿Dónde tengo la cabeza?

Hay cosas que nos pasan a todos, esos pequeños despistes. Pasan porque nuestra cabeza anda por otra parte, sin prestar atención a los actos que realizamos. Pues bien, estos pequeños despistes pueden hacer que un día se convierta en el día más desastroso de nuestra vida. Y así es como comenzó mi desastre:

Es sábado al mediodía, acabo de realizar las compras semanales (mi nevera estaba tan vacía que daba lástima y podía notar eco en su interior). Abro el buzón y cojo las cartas sin mirarlas. Llevo demasiado peso encima, llamo al ascensor, subo, abro la puerta como puedo y la cierro con un pie. Lanzo las cartas en la mesa del recibidor y me voy a la cocina para ordenar la compra. Hasta aquí, todo normal.

Una vez la compra está repartida y ordenada, siento la necesidad de sentarme, me están matando los pies. Hoy se me ocurrió realizar la compra en pequeñas tiendas. Nada de supermercados: una frutería, una panadería, pescadería, carnicería... esto de la crisis me hace concienciarme con las pequeñas empresas familiares; además, así hago más ejercicio. De camino al salón recuerdo que había varias cartas en el buzón (¡seguro que son facturas!). Voy al recibidor a recogerlas y ahí mismo compruebo de qué son: de la luz, otra del banco, otras dos más, posiblemente publicidad, y una para ¿Rober? (¿Cómo pueden haber metido una carta de mi vecino justamente en mi buzón?). Recordáis a Rober, ¿verdad? ¡Sí, hombre! ¡Mi vecino! Imaginad las ganas que tenía de verlo. Respiro hondo y aparece mi voz interior: «Nora, tranquila. La carta a Rober se la tendrás que dar de todos modos, lo mejor que puedes hacer es pasarla por debajo de la puerta y así no tendrás por qué verlo». Pero qué lista es esta voz.

Me dispongo a seguir el plan. Ya estoy en el recibidor, dejo el resto de cartas, abro la puerta y me dirijo a la puerta de enfrente. Me agacho para introducir la carta y, tras de mí, se escucha un tremendo ¡¡¡POOOOM!!! Un portazo terrible. Giro sobresaltada y me quedo horrorizada al ver que ha sido la puerta de mi casa («¡No!

¡Mierda! ¡Mierda!»). No he cogido las llaves, ni ninguno de mis vecinos tiene una copia. En realidad, nadie tiene una copia de mi casa, todas las copias están... dentro («¡La has cagado bien, Nora!»).

—Cállate y colabora —le digo a mi voz interior en voz alta («Vale, ya te ayudo, ¿por qué no llamas a un cerrajero?»).

—¡Buena idea! —Me busco en los bolsillos—. ¡No! ¡Mierda! — Otra vez, mi teléfono móvil también está en casa.

—Y, ¿ahora qué?

«¿Habrás que pedir ayuda a algún vecino? Supongo que no querrás que se entere Concha: descartada. Tampoco Rober: descartado. En este rellano nos queda Paco»:

—Vale, gana Paco. —Debo parecer loca hablando sola.

Llamo al timbre de su puerta, nadie contesta. Golpeo primero suavemente con los nudillos para continuar golpeando frenéticamente la puerta con la palma de la mano y, de nuevo, nada. Apoyo la frente sobre su puerta y contengo las ganas de llorar. Tampoco conozco al resto de vecinos, solo a los de mi rellano. ¿Ahora qué? ¿Concha? Se va a enterar de todas formas (suspiro de resignación). Voy hacia la puerta de Concha. Llamo; no abre: «¿En serio? ¡Es imposible que Concha no esté! ¿Pero dónde se mete esta mujer cuando se la necesita?». Pues nada, a por Rober, que tampoco estará. Llamo y abre a la primera. ¿Qué broma es esta?

—¡Hombre, Nora! ¡Qué alegría verte! ¿Has sido tú quien me ha dejado esta carta? —Le daría un guantazo con la mano abierta y le borraría esa estúpida sonrisa.

—Hola, Rober. Sí, he sido yo. Y mientras lo hacía, te vas a reír, se me cerró la puerta de casa y no tengo llaves. ¿Podría hacer una llamada desde tu teléfono?

—Por supuesto, faltaría más. —¡Odio la sonrisa que pone! ¡Este se piensa que quiero algo con él! ¿Creerá que es todo una excusa para acercarme a él?

El cerrajero llegó en una media hora. Fue la media hora más incómoda de toda mi vida. Rober me ofreció un té, que acepté y, aunque intentó sacar varios temas de conversación, solo pude contestarle con frases cortas o monosílabos. Le conté al cerrajero lo

sucedido (incluido el detalle de la carta y la ausencia de los vecinos) y en pocos minutos tenía la puerta abierta.

—Son ciento veinte euros, señora. —Sí que me ha salido caro el despiste.

—De acuerdo, voy a por el monedero para pagarle.

Disimulo, pero me dirijo al monedero sabiendo perfectamente que ni de coña hay dentro ciento veinte euros y ¡tachán! Solo tengo veinte euros. ¿Pero cuándo he tenido ciento veinte euros juntos en la cartera? Me he gastado casi todo el efectivo en la compra y tampoco hubiera sido suficiente para pagar al cerrajero. Tampoco creo que este hombre admita pago con tarjeta, pero quién sabe, tal vez sí lo tenga. Se lo pregunto y, ante su negativa, le pido que me espere en casa, que bajo a un banco cercano y saco dinero. Ya son casi las tres de la tarde, las oficinas están cerradas y lo único que está abierto son los cajeros y me meto en el primero que veo. Introduzco la tarjeta y ¡tachán!: el hijo de p... se la ha tragado.

—¡Escúpela! ¡Mierda! ¡Esto no me puede estar pasando! —E hincó las rodillas en el suelo frente al cajero, golpeándolo como si me hubiera arrebatado lo más querido. El llanto reprimido se me escapó sin poder detenerlo.

Golpearlo e insultarlo no sirvió para nada: se la quedó. Eso sí, habrá un bonito vídeo de seguridad donde aparezco histérica. ¿Y ahora, qué? Volví a casa, llamé a Rober y le pedí, por favor, que me prestara cien euros. Si hubierais visto su cara de satisfacción... ¡Cuánto lo odio! Cogí el dinero, le pagué al cerrajero y me encerré en casa. Se me quitaron las ganas de comer.

¡Qué manera más tonta de perder ciento veinte euros y tener que devolver un favor a Rober! Y lo peor es quedarme con las ganas de romperle la cara, su preciosa cara.

La carta

Una vez que me hube tranquilizado y después de devolverle el dinero a Rober, recordé que tenía dinero para emergencias escondido en un cajón. ¡A buenas horas lo recuerdo! Me senté para abrir y leer las cartas recibidas. Una de ellas, de las que había creído que eran de publicidad, en realidad, era de Sebas. Fue la primera que abrí. No era una carta larga, un simple folio escrito por una sola cara. La giré dos veces con la esperanza de encontrar algo más escrito, pero nada, solo era eso. En ella me decía todo lo que me echaba de menos y lo que me quería. También me ponía el día y la hora en la que podía recibir una visita y me suplicaba que fuera.

Hoy es el día de la visita. Faltan solo cuatro horas, ¿qué hago? No he dormido en toda la noche, me miro al espejo y estoy horrible (¿tanto me importa que me vea así?). Tengo su carta en mi mano, ¿cuántas veces la habré leído? Han sido tantas que ya lo tengo claro. Tengo que ir a verlo.

Ducha rápida, un poco de maquillaje y llamada a un taxi. Ya voy de camino y en mi cabeza solo resuena una canción, no me permito pensar; en mi regazo, solo la carta. Y una lágrima se escapa sin poder reprimirla. Sé que el taxista me observa por el retrovisor, pero no se sorprende de mi reacción porque ya conoce mi destino.

Por fin, ya hemos llegado. Es un lugar tan frío y hermético... Me identifico, paso todos los controles y estoy en una sala con un gran cristal que la divide en dos. No esperaba que fuera como en la serie de televisión. Durante el trayecto imaginaba un cuarto destartado con una mesa, un par de sillas y punto. Me quedo mirando a través del cristal. Al otro lado no hay nadie. Tomo asiento y en pocos minutos aparece Sebas. Se sienta frente a mí. Acerca su mano al cristal y espera que yo haga lo mismo. Me parece estar viviendo una película.

—Perdóname, Nora. —Vuelvo a oír después de tanto tiempo su voz y rompo a llorar como una niña pequeña. Acercó mi mano al cristal en el mismo lugar donde tiene él la suya—. Aunque me gustaría pedirte que me esperes —continúa después de tragar

saliva y costándole un gran esfuerzo—, no puedo hacerlo, no quiero ser tan egoísta. Quería decirte que vivas feliz tu vida y que la disfrutes y si, cuando salga, todavía quieres que estemos juntos... — Más saliva—. Me harás muy feliz.

Quiero decir algo y no puedo. No me salen las palabras y, sin saber por qué, solo digo esto:

—Te perdono. —Y no me sale nada más.

Sebas esboza una sonrisa, tan dulce y hermosa que me rompe el corazón.

—Te quiero tanto, Nora, que es lo único real que he vivido y sentido hasta ahora. Puede que no te lo creas, no me sorprendería después de todo lo que ha pasado, pero yo sí que lo creo. Y estoy tan asustado con todo esto... —ya no puede decir nada más.

—Yo también —tampoco puedo decir nada más.

—Tengo algo para ti. —Se levanta y se dirige al que está en la puerta, que asiente. Vuelve frente a mí— Ahora te lo darán.

Se acaba el tiempo y me indican que tengo que abandonar la sala. Me levanto y me dirijo hacia la puerta, no sin antes volver la vista para verlo por última vez. Su expresión es muy extraña, entre triste y feliz. Levanto la mano para despedirme y él hace lo mismo.

A la salida me entregan mis cosas y algo más. Una fotografía en la que salimos Sebas y yo, de uno de esos días que fueron tan maravillosos. En el dorso hay algo escrito: «Nora, observa mi mirada en esta fotografía y sabrás que te quiero de verdad, los ojos nunca mienten. TQ. Sebas».

Creo que sobra decir que me pasé todo el día mirando esa fotografía. Era como si no hubiera otra cosa alrededor de mí en aquel momento. Y rompí otra vez a llorar.

Vuelta a las andadas

Han pasado los días, han pasado meses y sigo igual. Con Sebas y, a la vez, sin él. Hace poco tuvo la vista; esperábamos que le concedieran una fianza y así podría salir, pero se la han denegado. ¿Por qué? Pues por riesgo de fuga. No sé cuántos millones estafó este hombre.

Así que estamos igual, escribiendo cartas, visitas una vez al mes y poco más. Y, aunque no tenga nada que ver, esto me recuerda a las cartas que mi padre le escribía a mi madre cuando estaba haciendo la mili en Melilla. Lo sé, lo sé, nada que ver. Pero esto de escribir cartas me evoca siempre tiempos pasados.

Mis amigas están desesperadas conmigo, lo sé, pero no puedo evitarlo. No me apetece nada salir, he enfocado todo mi esfuerzo y tiempo a mi trabajo y apenas tengo vida social. Deben comprender que el trabajo es lo que más me distrae, me mantiene ocupada y, además, estoy sacando unos eurillos más por horas extras.

Es por todo esto que el otro día se presentaron en mi casa. Las invité a quedarse a cenar pero no quisieron. Lo que querían era que me arreglara y que me fuera con ellas de cena. No me apetecía nada, pero no cedían (son más cabezonas que yo cuando quieren). Así que nada, nos fuimos a cenar, y estuvo bien, una velada divertida. Para mi sorpresa, me entretuve lo suficiente como para no pensar. Hasta que llegó el tema de siempre. Sí, ese, el de los hombres. Y ahí ya me cambió la cara y pensé: «Esta sangría va a caer y, si cae esta, la siguiente, también». Salí de la cena de lo más feliz. No llegaba a estar borracha, pero no faltaba mucho (ya no tengo el mismo aguante bebiendo que antes y sé que beber no es buena idea, pero no pude evitarlo). Me iba a despedir de las chicas, pero ellas me cogieron del brazo y me llevaron a rastras a un *pub* cercano. ¡Cuánto las odio cuando se ponen así! Aunque sé que lo hacen por mi bien, para que no me encierre y me anime.

Llegamos al *pub*, había muchísima gente. Era el aniversario del local o algo así. Voy a la barra y me pido una copa de Martini (contagiada por Eva, que se pide lo mismo). No hay ni una mesa

libre, así que nos quedamos de pie cerca de la barra. Y después de unas cuantas canciones y un par de copas más, es cuando empiezan a hacer lo que realmente odio: presentarme a tíos solteros que conocen. ¿Con la esperanza de qué? ¿De que olvide al desgraciado? (¿He dicho desgraciado?). Me hierve la sangre, intento ser amable, pero ya ni me sale. Saludo, digo que encantada y me largo. Me voy sola a la barra. No quiero saber nada.

Y ahí estoy otra vez, como una alcohólica solitaria en la barra de un bar. Un *pub*, en esta ocasión. Noto que me observan y me pongo nerviosa. Busco esa mirada indiscreta. Es un chico joven al otro lado de la barra. ¿Otro más? ¿Cuántos habré conocido ya hoy? Ni me acuerdo.

Vuelvo a mirar mi copa. ¿Qué número es esta? ¿La tercera o la cuarta? No sé por qué me gusta contar el número de copas que me tomo, como si al llevar la cuenta bebiera menos. Sigo sintiendo esa sensación de estar siendo observada. Vuelvo a mirar, es el mismo chico. Ahora que lo miro mejor, no está nada mal («Nora, ¡no! ¡Deja de beber! ¡Que te pones tontorróna!»). Sonríe, parece que viene hacia aquí. ¿Por qué? («¿Porque te has quedado mirándolo embobada? Si parece que se me va a caer la baba»). Sí, viene («Disimula, Nora»).

—Hola, ¿estás sola? —«¡Toma frase típica!».

—No, mis amigas están ahí. —Señalo hacia donde se suponía que debían estar, pero no están («¡Cabronas!»)—. Bueno, estaban, ahora volverán.

—Si te has quedado sola, puedo hacerte compañía.

—No es necesario. —«Así, visto de cerca, es más guapo todavía. ¡Nora! ¡Por favor! ¡Céntrate!».

—Si no me importa. —«Pero a mí, sí».

Y se sitúa junto a mí. Y ahí se quedó. Empezó a hablar. Es divertido (mal), también parece inteligente (peor) y es guapo (¡mierda, mierda!) Así que saqué el tema, como quien no quiere la cosa, de que tengo novio, aunque omito el hecho de que esté en la cárcel. Él no dijo nada y le pregunté si él tenía novia y me dijo que no, que estaba esperando a conseguir a alguien como yo. Me

empezaron a temblar las piernas y apuré mi copa. Me pidió otra y, en ese momento, sonó una canción que me encanta:

—¿Bailas? —le pregunté. Él se sorprendió, pero aceptó al instante.

Es una canción movidita, sin apenas roce, así que me pareció inofensiva. Me acerqué a su oído y le dije:

—Esta te la dedico. —Y él todavía se emocionó más.

Estuvimos un rato más hablando cuando, por fin, aparecieron las chicas. Vinieron hacia mí con una sonrisa amplia. Me despedí del chico, que no recuerdo cómo se llama, y me fui a casa. Durante el camino no pararon de acosarme a preguntas, la última de ellas fue: «¿Tienes su teléfono?». Y me di cuenta de que no, que no tenía ninguna forma de contactar con él. Pero él me pidió el Facebook (manera rara de ligar) y supongo que me agregará algún día de estos. Si todavía recuerda mi nombre, claro.

Tienes un e-mail

Pues parece que sí que se acordó de mi nombre. Estoy delante del portátil y tengo un mensaje y una solicitud de amistad de él. Se llama Jorge. Después de leer su mensaje y ver el vídeo que me ha enviado, ya no sé qué hacer. Es una tontería, estoy sobre su solicitud de amistad moviendo el cursor del ratón de «Confirmar» a «Ignorar» sin saber todavía cuál elegir. ¿Qué hago? Creo que es mejor que me tome un café (el segundo de hoy) y lo decida más tarde.

Es sábado y hoy no trabajo. Me voy a pasar todo el día sola pensando en «tan gran dilema» (vaya, soy sarcástica hasta hablando sola). Creo que me estoy volviendo loca y me complico con cada tontería ¿Qué pasará si lo acepto? Pues nada, será un contacto más y ya está... ¿o no? ¿Y si no lo acepto? Pues tampoco pasaría nada. Pero es que me cayó tan bien (¡mierda! Además de sarcástica, soy escatológica). Que lo acepto y ya está. Esto hace unos meses no me habría pasado, le habría dado a «Confirmar» sin ni siquiera saber quién era. Pero ahora, ¿qué me está pasando? Y los únicos datos que muestro a «mis amigos» son los profesionales, ni teléfono personal ni dirección particular. Pues eso, le doy a «Confirmar». ¡HECHO! Ni ha explotado nada, ni ha petado el ordenador, ni he recibido ningún virus... (estoy peor de lo que creía).

Voy a seguir mirando el correo. ¡Vaya! Otro mensaje (nuevo récord: dos mensajes que no son *spam* ni cadena). ¿Quién será, será? (Ahora me da por cantar. Necesito compañía urgente, igual me compro un perro). ¡Vaya! ¡Es Javi! El desaparecido ha vuelto. Al final, va a ser verdad su *e-mail* amenazante en el que decía que volvía para quedarse. A ver qué dice: «Hola, Nora: ¿Qué tal? Te he echado de menos...» —bla, bla, bla, siempre el mismo cuento—: «¿Por qué no quedamos una tarde a tomar un café?» —¡Vaya! ¡Menuda novedad! Siempre a tomar café, voy a ir de cafeína hasta el... —: «¡Mejor! ¿Por qué no quedamos esta tarde? He visto que hay una peli en cartelera que está bastante bien» —¡Y cine! ¡Vaya planazo! Después de tanto tiempo sin verme, quiere hacer lo mismo

que antes de largarse, ¡qué poca variedad!—: «Llámame, este es mi número nuevo» —bla, bla, bla—: «Te quiere, Javi».

¿Y ahora, qué? Parece que se ponen todos de acuerdo. ¿Qué hago? Lo más sensato sería contestarle diciéndole que tengo pareja, que me alegro de saber de él, pero que no puedo quedar. Pero ¿cuándo he sido yo sensata? Me apetece salir y, peor, me apetece ir al cine y, lo peor de lo peor, me apetece verlo. ¿Y ahora, qué? Pues ahora, nada, porque mientras pensaba esto mis dedos han ido a su marcha y le han contestado que venga a recogerme a las seis. Pues nada, será mejor que me prepare para quedar con él. A ver cómo queda la cosa.

El momento adecuado

Son las cinco y media de la tarde y llevo un rato preparada esperando a Javi. Estoy muy nerviosa. Tengo y no tengo ganas de verlo. Es una sensación extraña. No dejo de pensar en Sebas. ¿Ir al cine con Javi es serle infiel? ¿Haber bailado con Jorge también lo es? ¡Menuda estupidez pienso! Lo he estado meditando y lo tengo claro. He quedado con Javi e iré al cine con él y, en el momento oportuno, le hablaré de Sebas, de que tengo pareja y que nada volverá a ser lo de antes. Solo hay que buscar el momento adecuado.

Las seis, suena el timbre (tan puntual como siempre), bajo a su encuentro y ahí está, como siempre, igual de guapo. Suspiro («¡Busca el momento oportuno, Nora!», me recuerda una vocecilla; este no lo es). Sonríe, viene hacia mí, le saludo y me da un beso en los labios; yo echo mi cabeza hacia atrás para evitarlo, pero no soy lo suficientemente rápida («¡Este es el momento! No, no puedo, todavía no, tengo que ser más valiente»).

Propone ir al cine primero, pronto habrá una sesión y así no tenemos que esperar. La película, bien, bastante entretenida, tanto que apenas presté atención a mi acompañante. Terminó y salimos, dimos una vuelta por la ciudad. Durante el paseo estuvimos hablando, de trabajo casi todo el tiempo. Tampoco era el momento adecuado. Propuso ir a cenar a algún sitio y, viendo la hora que era, no parecía mal plan. Entramos en el primer restaurante que encontramos, nos indicaron la mesa para que nos sentáramos y ahí fuimos. Una vez acomodados, volvimos a nuestra conversación. Estaba segura de que pronto llegaría el momento adecuado y le hablaría de Sebas. Solo había que buscar el modo de introducir un tema tan delicado, algo que, como está siendo bastante evidente, no se me da bien.

Nos trajeron la carta y le echamos un vistazo a ver qué nos apetecía. Se acercó un camarero para preguntarnos por la bebida.

—A mí me apetece tomar vino —dijo Javi mientras seguía ojeando la carta—. ¿Tú qué opinas, Nora? ¿Te apetece un vino?

—¿Nora? ¿Eres tú? —Esta es la voz del camarero que, para mi sorpresa, era Jorge. Sí, el chico de la noche anterior. Resulta que es camarero del restaurante al que acabamos de entrar. ¡Menuda casualidad!

—¡Hola, Jorge! —debido a la sorpresa del momento, le saludo con más euforia de la esperada.

—¡Me alegro de verte! —Él también parece eufórico, mientras Javi no dice nada, aunque mira con cara de sorpresa—. Así que este es tu famoso novio. —Ole, ole y ole, este parece que va a ser el esperado momento.

—¿NOVIO? —dice Javi, que acaba de salir de su estado de asombro.

—Hay una cosa que te tengo que contar —mi cara lo dice todo. Es como si me hubieran pillado *in fraganti* haciendo algo inapropiado. «Cariño, esto no es lo que parece, tiene una explicación», y este último pensamiento hace que me entre la risa nerviosa. Mientras, Javi y Jorge se miran, me miran y flipan (no hay una palabra que describa mejor su estado).

Jorge se retira a por una botella de vino y empiezo a explicarle a Javi todo lo sucedido, él no dice nada hasta que termino.

—¿Y por qué has quedado conmigo? —Esto es lo primero y único que me dice.

—Porque tenía ganas de verte, somos amigos, ¿no? —Me sorprende al ver que estoy siendo completamente sincera, aunque antes hubiera tenido dudas.

—Tú y yo no podemos ser solo amigos. Me niego. —¿Cómo que se niega?—. Lo siento Nora, pero esto no es lo que esperaba. —Cogió su abrigo y se marchó.

Enseguida vino Jorge con la botella de vino y me miró con cara extraña. Parecía que se alegraba de verme sola, aunque lo intentaba disimular.

—¿Qué hago con la botella? —ni me preguntó por Javi ni qué había pasado, solo le interesaba la dichosa botella de vino.

—Déjala, voy a seguir mirando la carta; cuando haya decidido, te aviso. —Estaba destrozada por dentro, pero no iba a dejar que se

notara y, además, empezaba a tener hambre y no tenía ganas de ir a casa y ponerme a cocinar.

Cené, no mucho, pero cené. Pedí la cuenta para marcharme y Jorge se ofreció a invitarme a una copa y llevarme a casa. Me negué, lo culpaba por haber hecho que Javi se marchara, pero sabía que era algo que habría pasado tarde o temprano, él solo lo había acelerado un poco. Me despedí de él y me fui sola a casa, dando un largo paseo.

Un día con sorpresa

Siempre que hablo de sorpresas es imposible no pensar en hombres. Siempre son ellos los que me sorprenden, para bien o para mal. En esta ocasión, no iba a ser menos. Con una salvedad: en esta ocasión, no era ninguno de mis ex amantes, aunque también lo quiero mucho. Esta vez, la sorpresa me la dio mi querido hermanito Nico.

Habían pasado unos días desde que volví de casa de mis padres. Un viaje exprés de unos días libres para dar señales de vida. Era sábado, diez de la mañana y suena el timbre. ¿Quién será? Acabo de decir quién va a ser, así que poco suspense os doy en esta ocasión. Me dirigí hacia el telefonillo con el pelo revuelto y mi famoso pijama de Snoopy. Estaba desayunando y todavía no había tenido tiempo a despejarme. Sin café no soy nadie.

Descuelgo, pregunto y ahí está el peque de la casa (lo sé, ya tiene veintiséis años, pero para mí siempre seguirá siendo el pequeño de la casa). Le abro y, aunque estoy sorprendida por su visita inesperada, lo que más me sorprende es el tremendo equipaje que lo acompaña: maleta, mochila, bolsa de viaje...

Entra en casa y me cuenta lo sucedido, que es lo de siempre llevado al extremo. Ha discutido con mis padres y les ha dicho que se iba de casa. Pero esta vez ha cumplido la amenaza. Y aquí está, en casa de su hermana mayor. Llamo a mi madre para que no se preocupe, sin conseguirlo: está histérica. Mi hermano no quiere ni hablar con ella ni volver a casa, así que tranquilizo a mi madre como puedo y le digo que me haré cargo de él durante el tiempo que esté en mi casa. No soy capaz de organizar mi vida y me voy a hacer cargo de mi hermano (menuda ironía).

Cuando termino de hablar con mi madre, mi hermano me vuelve a sorprender: ya se ha acomodado en la habitación de invitados. Ahora llega la peor parte de todas: aclarar las normas que tiene que cumplir para vivir en mi casa. No son muchas, las iré modificando sobre la marcha. Y lo primero que tiene que hacer, lo más importante, es buscar un trabajo. Que no se piense que va a vivir

aquí como en casa de mis padres. Tendrá que ayudar con los gastos. La propuesta no parece molestarle, pero pronto pone su carita, la de perro abandonado (o gato con botas de Shrek) y me pide que le dé un poco de tiempo y que utilice mis contactos para conseguirle un buen puesto de trabajo. No sé cómo consigue sacarme de quicio tan pronto. ¿Quiere que le busque yo un trabajo? ¿Que utilice mis contactos? Pues, ahora que lo pienso, no tiene de qué preocuparse. Llamo a Tania, hace una semana me comentó que en el bar donde desayuna (no sé por qué no desayuna nunca en su casa) buscaban camarero. Al momento, estoy hablando con el propietario del bar sobre las condiciones del trabajo. Cuelgo y voy en busca de Nico. Me lo encuentro con mi portátil jugando con otros usuarios al fútbol (curiosa forma de hacer deporte).

—Nico, he hecho uso de mis contactos y te he encontrado un trabajillo. No es de lo mejor pero, para empezar, no está mal.

—¡Esa es mi hermanita! Ya sabía que podía contar contigo. ¿Y de qué es? ¿Trabajo de oficina? ¿Comercial? ¿O relaciones públicas?

—No, vas a trabajar de camarero.

—¿Camarero? Creía que tenías mejores contactos. Ese tipo de curro me lo puedo encontrar yo solito. —Tengo ganas de matarlo, me saca de mis casillas, respiro hondo.

—Vas a trabajar de camarero hasta que encuentres algo mejor. Si te va a gustar, con lo que te gusta a ti conocer gente, además, a ese bar van muchas chicas guapas.

—¿En serio? Entonces, no debe estar tan mal. —Nico y yo nos parecemos en eso, nos pierde pensar en sexo—. ¿Y cuándo empiezo? ¿Este lunes?

—¿El lunes? ¡Qué va! Empiezas esta misma tarde, así que ve mentalizándote.

—¡Joder, Nora! ¡Eres peor que papá! ¿No me vas a dejar descansar el finde?

—Ya sabes la respuesta. — Y si no, puede mirarme a los ojos y leerme la mente.

¡Adiós a mi libertad tal y como la conocía! Menos mal que mi pareja no va a venir a visitarme, así me ahorro dar explicaciones y

hacer presentaciones.

Normas

Desde un primer momento, le dejé claro a Nico que, para vivir conmigo, tenía que seguir unas normas. No se me pasó por la cabeza que yo también tendría que cambiar mis hábitos y mi forma de vida. No es que sean cambios muy importantes. Son más por costumbre que por otra cosa. ¿De qué estoy hablando? Pues, por ejemplo:

Tengo que poner un pestillo en la puerta del cuarto de baño. Yo soy muy pudorosa y Nico no es muy dado a llamar a la puerta antes de entrar.

Se acabó bailar por la casa en ropa interior o hacer *playbacks* con la ayuda de un cepillo que haga la labor de micrófono. Lo voy a echar de menos.

Obviamente, prohibido ir desnuda desde mi habitación a la ducha. No soy tan rápida como para que no me pille en mitad del pasillo.

Dejar de cenar en el sofá. Hay que enseñarle buenos hábitos a Nico y este no es un buen ejemplo a imitar.

Una vez a la semana toca ver fútbol en la tele, así no me pondrá pegas cuando quiera ver el canal Divinity.

Compartir el uso del ordenador portátil. Sé que es mío, pero la cara de perro abandonado de Nico es bastante eficaz y no me puedo resistir. Tengo que tener cuidado para no dejarme abierto ningún documento importante. Nico es demasiado trasto.

Incluir en mi nevera o despensa alimentos y bebidas que hacía años que no veía. ¡Cuánto daño me ha hecho la dieta! Y qué mal lo voy a pasar estos días. ¡Bienvenidos a casa, refrescos y patatas fritas!

Dividir el mueble del cuarto del baño en dos: mi parte y la de Nico. No sabía que mi hermanito utilizara tantas o más cremas que yo (exfoliantes, hidratantes, contorno de ojos, buff). Voy a tener que dedicarme a acabar los botes empezados. Tengo la mala costumbre de comprarme todo lo que veo y acabo teniendo tres cremas para lo

mismo. Todas empezadas y, en muy pocas ocasiones, tiro botes vacíos a la basura.

Bueno, dejo ya de darle vueltas, que todavía surgirán más normas o cambios de costumbres. No pensé que vivir con Nico iba a modificar mi vida de esta manera. Le quiero mucho, pero espero que se arrepienta pronto de la ciudad y vuelva al pueblo. No se lo digáis, porque lo negaré siempre. ¡Dadme paciencia!

El amigo

A mi pesar (pero no se lo digáis), Nico se adapta a la perfección al ritmo frenético de la ciudad. El trabajo de camarero le viene como anillo al dedo. Le mantiene entretenido, liga con todas las chicas (no sé a quién habrá salido) y, además, le pagan por ello. Todo esto me hace temer que mi hermanito va a tener una larga estancia en mi hogar. Lo bueno: el reparto de gastos me supone poder comprar un vestido más a final de mes.

Vuelvo a tener un piso compartido (cuánto me recuerda a mi época de estudiante) y mi hermano quiere traer a un amiguete del pueblo (en el pueblo utilizamos demasiado las palabras terminadas en «-ete») para que pase unos días. Nico se ha convertido en una especie de ídolo. La mayoría de sus amigos ni estudian ni trabajan, por lo que tienen que vivir con sus padres y él, de la noche a la mañana, se ha propuesto abandonar su antigua vida y lanzarse al mundo de la ciudad. Para sus amigos, Nico es el independizado, el valiente, el más listo.

Cuando menos me lo esperaba, su amiguete ya estaba en mi casa. No pensaba que el «querer traer» suponía un «mañana está aquí». Ya somos tres en casa. Luisillo, que es como siempre lo he conocido, ya no es el chiquillo al que le pegaba collejas cuando hacía alguna gamberrada. Si a mi familia la veía poco, qué os voy a contar de los amigos de mi hermano. Aunque es un chico muy mono, para mí, siempre será ese niño. Al igual que mi hermanito será siempre el peque.

Parece ser que se va a quedar un par de semanas (¡casi nada!) y que, aunque yo sigo viéndolo como a un chiquillo, él a mí no me ve como la niña que le daba collejas. Los primeros días estuvo más bien nervioso, parecía sentirse incómodo con mi presencia. Después se le pasó. Y pasó de la vergüenza a la desvergüenza total y descarada sin ninguna fase intermedia.

Al tercer día ya estaba paseándose en calzoncillos, algo que me escandalizó sorprendentemente, como si nunca hubiera visto un hombre en ropa interior. Y al cuarto día, empezó con las indirectas

directas (qué poco sutiles son los hombres). Y ahí es cuando fui yo la que empezó a sentirse incómoda. El sexto día me trajo una caja de bombones «por las molestias» y me preguntó si me apetecía ir al cine con él, que Nico trabajaba y no quería pasar la tarde solo. ¿Y ahora, qué? ¿Le digo que me deje en paz porque tengo novio? Pero, claro, Nico no sabe nada de Sebas. Me delataría. Así que, en ese momento, no pude negarme y acepté. No se iba a quedar el muchacho solo en casa, pobrecito. ¿Y ahora, qué?

Luisillo

Si recordáis, le dije a Luisillo que iba a ir al cine con él y, aunque me arrepentí y deseé poder tener una excusa, acabé acompañándolo. Para mi sorpresa, fue una velada de lo más agradable. Fue cortés, educado y divertido, pero yo lo seguía viendo como al niño que conocí hacía tanto tiempo.

El momento de más tensión fue al principio. Yo no paraba de pensar en qué iba a hacer si a Luisillo se le iba la mano o me decía alguna indirecta o, peor, una directa. Cuando llegamos al cine, tocó elegir película. Yo tenía claro que no quería una comedia romántica (este tipo de pelis me gusta más verla con las chicas) y tampoco de terror (que me encantan) para que no pensara que quería tener una excusa para lanzarme a sus brazos. Acabamos eligiendo una peli con muchos efectos especiales y poco argumento. A él le encantó y a mí, bueno, ¿cómo decirlo? No estuvo del todo mal, entretenida. Estuve más pendiente de que no hubiera ningún roce entre nosotros que de disfrutar de la película. Y aunque no le presté demasiada atención, acabé captando el argumento lo suficiente como para poder comentarla de vuelta a casa.

Como cuando salimos del cine todavía era pronto, decidimos ir a tomar algo antes de volver a casa. Casi todo el rato estuvimos hablando de Nico, de las trastadas que hacían los dos de pequeños, lo bien que llevaba su actual trabajo, etcétera. Y, para mi asombro, nada de directas o indirectas (a veces soy muy mal pensada).

Tanto estuvimos hablando que se nos pasó el tiempo volando. Solo nos percatamos de la hora cuando a Luisillo le sonó el teléfono. Era Nico, había llegado a casa y se la había encontrado vacía. Estaba un poco preocupado.

Nos fuimos directos a casa, Nico nos esperaba. Luisillo llegó todo emocionado deseando contarle a Nico el peliculón que acabábamos de ver. Pero Nico estaba serio y me miraba fijamente (espero que no piense que ha pasado algo entre su amigo y yo).

—Luis, ¿puedes dejarnos a Nora —es el único de mi familia que me llama así; para el resto soy Eli— y a mí un momento a solas? —

¡Uys! ¡Qué serio que está!

—Claro, voy al cuarto. —Luis sale de la habitación.

—Creo que tienes algo que contarme, ¿verdad? —¿de qué narices habla?

—No tengo nada que contar, solo hemos ido al cine y a tomar algo, no ha pasado nada.

—No me refiero a Luis. —Me enseña un sobre (¡mierda! Es una de las cartas de Sebas)—. No creía que estuvieras tan desesperada como para apuntarte a eso de la correspondencia con presidiarios.

—¡Eh! ¡No te pases! —le interrumpo—. Yo no estoy tan desesperada y todo tiene una explicación.

Así que le hablé de Sebas y le conté todo lo que había pasado. Nico comprendía que lo mantuviera en secreto cara a la familia (pensando en nuestros padres y hermanas), pero no entendía por qué no se lo había contado a él. Siempre nos hemos contado todo. Pronto me perdonó y se convirtió en mi cómplice, aunque esto ya se verá.

Regreso al pasado

Después de un tiempo de reflexión, de hablar con mis amigas y con Nico, por fin he tomado una decisión con respecto a mi situación con Sebas. Finalmente le envié una carta en la que le explicaba que así no podíamos seguir siendo pareja, que se acabó. Ha sido una ruptura bastante dura, no lo he llevado bien. Incluso parecía que había sido él quien había puesto fin a la relación y yo me sentía como una víctima abandonada. Durante días solo salí de casa para ir al trabajo, Nico se encargaba de la compra. A mí solo me apetecía estar en casa encerrada sin hacer nada. Llegó el fin de semana y seguía desanimada.

Esta vez no voy a quedarme sola en casa viendo una peli atiborrándome a chocolate. Es sábado y estoy soltera. Tengo que salir y divertirme. Llamo a las chicas y, para mi sorpresa, todas quieren salir y ninguna tiene plan. No sé si es que he tenido la mayor suerte del mundo o es que lo hacen por mí (puede que un poco de cada).

Empezamos con una cenita en un bar de tapas, brindamos primero con sangría, seguimos con unas copas de vermut y, cuando me quise dar cuenta, ya estaba en el primer *pub* con un cubata en la mano. No sé cuánto tiempo hacía que no bebía un cubata.

Por fin se me olvidó por qué estaba triste y disfrutaba de la música variada del local. Miraba a las chicas feliz por verlas a todas juntas, como en nuestras cenas de chicas, y esta vez sin haberlo planeado y, mejor aún, sin ningún hombre.

Era como en los viejos tiempos, bailando como si no nos mirara nadie, cantando las canciones más conocidas, alejándonos los «moscones»...

Era ya tarde cuando oí una voz masculina llamándome. Por un instante, me pareció la voz de Sebas y el corazón se detuvo. Paré de bailar y cantar y me giré tímidamente hacía donde provenía. Y ahí estaba un tío saludándome. Me resultaba familiar, pero no llegaba a reconocerlo.

—¿Ese no es...? —empezó Leyre.

—Me parece que sí que es él —siguió Daniela (parece que soy la única que no tiene ni idea de quién es él).

—Hola, Nora, ¿te acuerdas de mí? —él se dirigía hacia mí y yo seguía sin reconocerlo.

—¿Te conozco? —Notaba como Leyre y Daniela se acercaban a mí por detrás y creo que intentaban decirme algo...

—Soy Óscar, ¿te acuerdas?

—¿Óscar? ¡Ah! Óscar... —Ya me acuerdo, fue mi segundo rollito. Allá por mi juventud—. ¿Qué haces por aquí?

—¿Quieres decir fuera del pueblo? —Y empezó a reír.

—¡Sí! —Cuando bebo, no pienso mucho y digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Es por trabajo. —Lo dejó ahí sin dar más explicaciones.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, ¿y qué tal? —Me sentía muy incómoda hablando con él.

Seguimos charlando un poco más, aunque yo tenía la necesidad de largarme de ahí y seguir siendo feliz con mis amigas, así que no sé por qué acabé dándole mi número de teléfono para quedar algún día para tomar café (siempre es café).

A las cinco de la mañana llegué a casa agotada y me fui directa a la cama. Ni siquiera me enteré cuando una hora más tarde me sonó el teléfono. Fue por la mañana cuando vi el mensaje: «Me ha alegrado mucho verte esta noche. A ver cuándo quedamos los dos solos. Me muero por abrazarte y besarte. Óscar».

¡Vaya por Dios! Esto no puede ser. ¿Qué problema tienen los hombres conmigo? Sé lo que voy a hacer, lo tengo claro: nada. Voy a hacer como si no hubiera pasado nada, no he recibido ningún mensaje. Además, ya me duele bastante la cabeza con la resaca como para pensar en otra cosa.

Cumpleaños ¿feliz?

Hoy cumpla treinta y un años. El año pasado pensaba que lo peor era haber pasado los veinte sin pena ni gloria y atravesar la barrera de los treinta. Pero ahora creo que lo peor todavía está por llegar. Es posible que sea muy pesimista, pero tengo ese sentimiento de que mi vida pasa rápido y que, cuando echo la vista atrás, veo que estoy igual que antes. El mismo trabajo, la misma casa, sin pareja... incluso parece que voy hacia atrás: ahora vuelvo a compartir piso, como en mi época de estudiante. No es que Nico me moleste, pero ya no tengo la libertad que tenía antes.

Aunque han pasado unas semanas, sigo dándole vueltas al encuentro y al mensaje de Óscar. ¿Y quién es Óscar? Comenté por encima que era un chico del pueblo, que había sido mi segundo rollete y poco más. En realidad, no fue un poco más, sino bastante. Leyre y Daniela (que me conocen desde la niñez) lo reconocieron antes que yo, por una parte, debido a que mi concentración de alcohol en sangre era algo elevada y, por otra, porque había hecho enormes esfuerzos por olvidarle. Sí, fui agradable, simpática e incluso le di mi número para que quedara conmigo. Aun así, cuando desperté a la mañana siguiente, me arrepentí de todo.

Oscar es lo que yo llamo «un encantador de serpientes». Te dice cuatro cosas bonitas y ya te tiene hipnotizada. Lo malo no es que él sea así; lo malo es que siempre que lo utiliza conmigo, yo me hipnotizo, me ciega de una forma sobrenatural y caigo en sus redes como una tonta.

La primera vez que estuvimos juntos yo me sentía la mujer más feliz del mundo, incluso creía que el resto de féminas sentían envidia por mi situación (¡ilusa!). Al poco, me abandonó y me sentí destrozada y hundida durante semanas, puede que incluso meses. Cuando eres una adolescente, los fracasos amorosos parecen el fin del mundo.

Unos años después reapareció en mi vida amorosa, porque en la cotidiana era imposible no cruzarme con él. Al principio estaba recelosa. No me fiaba de él; con una vez que lo hubiera hecho era

suficiente, pero, al poco, sus dulces palabras y encantos me volvieron a conquistar. Sobra decir que a las chicas no le pareció buena idea. Pero yo asumí las consecuencias, quería arriesgarme y darle otra oportunidad. Volví a sentirme la mujer más feliz del mundo, pensaba que el destino nos había dado una segunda oportunidad y que sería la definitiva. Hasta que volvió a abandonarme. Él fue una de las causas por las que decidí probar suerte en la ciudad, olvidar el pasado, pero, sobre todo, olvidarle a él y no volver a tropezar con la misma piedra.

Ahora me siento más madura y con más fuerza de voluntad. ¿Seré capaz de aguantar la tentación y no volver a caer en sus redes? Me parece que en eso me ayudarán las chicas. Y ahora toca celebrar los treinta y uno durante todo el año, como si la vida me diera una nueva oportunidad.

Suena el teléfono

Finalmente Óscar se decidió a llamarme. Fue más tarde de lo que me imaginaba, pero lo hizo. Fue esa tardanza lo que hizo que me pillara por sorpresa. Ya pensaba que se había olvidado de mí o que había perdido mi número de teléfono. No os confundáis, no es que esperara que me llamara porque me hiciera ilusión. Era solo un pálpito, ese que solemos tener las mujeres. Y mis pálpitos no suelen fallar.

Me preguntó si me apetecía salir a cenar y no me negué. Necesitaba salir. Él no era mi cita ideal, pero era mi única cita. Todavía tenía en mente a Sebas, tampoco ha pasado tanto tiempo, ¿no? Sigo recibiendo sus cartas, todas se amontonan cerradas en un cajón. No soy fuerte ni para leerlas ni para tirarlas a la basura. No sé si me cuentan que está bien, que va a salir o que ya me ha olvidado. Un día seré capaz de descubrirlo.

Volviendo a Óscar, quedé para cenar esa misma noche y me pasé gran parte de la tarde pensando en cómo me iba a comportar. Sin saber por qué, a mi cabeza llegó el recuerdo de mi última cita con Javi. Y pensé que sería buena idea volver al restaurante donde trabajaba Jorge. Si fue capaz de espantarme a uno... ¿podrá hacer lo mismo con Óscar?

Cuando Óscar vino a por mí y me dijo que decidiera dónde me apetecía cenar, no pude evitar que en mi cara aflorara una sonrisa maliciosa (creo que él la interpretó a su manera). Le dije el restaurante y hacia allá que nos dirigimos. Solo faltaba que Jorge estuviera trabajando ese día. Y, por suerte (o no), así fue.

En realidad, no sé por qué me complico tanto. Hubiera sido más fácil no haberle dado mi número o, simplemente, no haber aceptado su invitación para cenar (tengo que aprender a decir más veces que NO). Aunque confieso que, en mi interior, una pequeña parte de mí deseaba verlo para saber de él, cómo le iba, a qué se dedicaba... Y, sobre todo, saber si alguna le había hecho tanto daño como él me lo había hecho a mí (no lo puedo evitar, sigo sintiendo ese pequeño rencor).

Entramos al restaurante. Yo ya había visto desde la puerta que Jorge estaba de camarero y volvió a aparecer en mi rostro esa sonrisa maliciosa. Entramos y, para mi sorpresa, Jorge ya no estaba en mi ángulo de visión (¿estaría en la cocina?). Otro camarero nos indicó una mesa y nos sentamos. Había estado tranquila hasta ese momento, ¿dónde estaba Jorge? Me puse nerviosa e intenté relajarme respirando hondo. Óscar se dio cuenta de mi nerviosismo y le entró la risa, acercó su mano y aferró la mía. Mi mano estaba helada, creo que de los nervios la sangre no llegaba a calentarme los dedos.

—Tranquila, Nora. Sé que te cuesta quedar conmigo —(siempre tiene que ser el centro de todo, hasta de mis nervios), me dice mientras todavía sonrío.

—Estoy bien —no puedo explicarle qué es lo que me pasa—. Veamos la carta. —Y bruscamente despego mi mano de la suya.

Mientras mirábamos la carta, se acercó el camarero para tomarse nota de lo que queríamos para beber. Y seguía sin ser Jorge. Pedimos, elegimos un menú degustación para cenar, luego los cafés y Jorge todavía no había aparecido. Terminamos, Óscar pide la cuenta y nos levantamos para marcharnos. Óscar me dice que lo espere unos minutos, que tiene que ir al aseo. En ese momento, en el que me quedo sola, voy directamente hacia la barra del restaurante y, por fin, lo encuentro. Estoy indignada y lo único que quiero decirle es: «¿Y tú qué? ¿Dónde te habías metido?», pero no puedo decirle eso. Así que vuelvo a respirar hondo y lo saludo con una media sonrisa.

—¡Hola, Nora! —Parece que se alegra de verme (seguro que no me había visto entrar)—. Ese sí que era tu novio, ¿verdad?

—¿Qué? —No es que me haga la tonta, es que me ha pillado de sorpresa.

—El tío con el que has venido, el que está en el aseo, ¿es tu novio? —Vale, sabía perfectamente que estaba en el local y ni se acercó a saludar.

—¡Ah! ¡No! Es solo un viejo conocido —«¡Cabrón! ¿Por qué no lo has hecho como la otra vez?».

—¡Vaya! Pensaba que, por fin, le pondría cara. No he querido acercarme para no molestarte, no quería meter la pata como la última vez. —Eso es lo que yo quería. Por dentro, estoy medio llorando de la decepción y, por fuera, sigo sonriendo como una idiota.

—Yo ni me había dado cuenta de que estabas. —«Mentirosa, mentirosa».

—Y a tu novio, ¿le parece bien que quedes con otros hombres?

—Es que... —«Nora, por favor, no lo digas, has mentido una vez, eres capaz de hacerlo otra vez»—... ya no tengo novio.

«¡Ole! Tú haciendo siempre caso a tu conciencia. Pues ahora te quedas sola con este marrón. ¡Adiós!».

—¡Ah!, ¿sí? —Se ha emocionado—. Perdona, no quería mostrar tanta alegría. Supongo que no lo estarás pasando bien con la ruptura.

—Bueno... —La expresión de mi cara cambia al pensar en Sebas—. Se sobrevive. —E intento recuperar la sonrisa, pero me sale forzada.

Óscar ya está junto a mí, me pregunta si nos vamos y lanza una mirada feroz a Jorge, que sonrío cada vez más. Nos marchamos y mi grandioso plan de hacer desaparecer a Óscar solo consigue que siga ahí y que reaparezca Jorge en mi vida. No me está nada mal. Eso me pasa por no hacer bien las cosas desde el principio. A partir de ahora, con la verdad por delante (a ver cuánto me dura esta filosofía y vuelvo a buscar planes rebuscados).

Tropezando de nuevo

Os tengo que hacer una pequeña, minúscula, insignificante confesión. Os conté mi cena planeada para quitarme de encima a Óscar y cómo no funcionó porque Jorge no se dignó a acercarse a nuestra mesa. Supongo, también, que Eva está esperando a que le conteste a su pregunta: «Si tuvieras que elegir obligatoriamente a uno de los dos —Óscar o Jorge—, ¿cuál elegirías?». Esta pregunta me la hizo cuando le conté la cita y, en ese momento, no supe darle una respuesta. Pues bien, no es que lo haya planeado, pero, sin saber muy bien cómo, he vuelto a elegir a Óscar.

No sé qué cara estaréis poniendo después de leer mi confesión. Puedo hacerme una idea, sobre todo, porque sería parecida a la que puso Nico cuando lo vio aparecer en la puerta de casa. Nico y Óscar nunca se han llevado bien. Mi hermano, aun siendo el pequeño, siempre ha intentado protegerme y, para él, Óscar era un depredador que solo pretendía cazarme y hacerme daño.

Lo sé, dije que sería fuerte y no volvería a caer en sus redes. Pero también dije que es un encantador de serpientes y que siempre acaba hipnotizándome. Vale, no tengo excusa alguna. Más que ser una persona encantadora (cuando le interesa), Óscar siempre ha tenido el don de aparecer en mi vida en el momento oportuno, en el momento en el que yo me siento con la moral hundida, sin ganas de nada, y él, de repente, consigue que todo se me olvide y me sienta la mujer más especial del mundo.

La primera vez, estaba ahí, cuando el Entrenovias me dejó por una de mis amigas. No os podéis ni imaginar cómo me sentía, y yo prefiero no recordarlo. La segunda vez, yo estaba tonteando con un tío cuyo único calificativo era «cabrón gilipollas». Me costó mucho poder llamarlo así porque estaba profundamente enamorada. Para él, yo era una inútil que no hacía nada bien, me llamaba estúpida, tonta... y yo seguía sin verle ningún defecto y pensaba que tenía que estarle agradecida por querer estar conmigo. Espero que nunca tengáis ese sentimiento y tened siempre los ojos abiertos para no encontraros con uno. En esa ocasión, Óscar me pareció un

caballero andante que venía a rescatarme y, gracias a él, me sentí una princesa. Y esta vez, bueno, esta vez ha sido por Sebas. Sé que la expresión «un clavo se saca con otro clavo» no es cierta pero, inconscientemente (o no), voy a intentarlo. Aunque él no lo sabe, le he dado un mes de prueba. Sé que los asuntos del corazón no se tratan así, como si fuera un contrato temporal, y no sé cómo resultará. Ahora mismo solo quiero olvidar y disfrutar del momento. Y, aunque me he prometido a mí misma no enamorarme de él, creo que acabaré otra vez abandonada y con el corazón destrozado (esto me lo dice la vocecita que me recuerda el pasado). Estoy loca, ¿verdad?

Esta no es otra canción de amor

Mi relación con Óscar va viento en popa (y yo que pensaba que iba a ser como las anteriores). Nico se está buscando su propio piso, creo que se debe a lo primero. Nico cada vez soporta menos a Óscar. Por más que se esfuerza, le es imposible estar a solas con él. Y yo necesito más intimidad en mi propia casa, así que, si Nico encuentra algo, ¡todos contentos! En el trabajo se está barajando la posibilidad de un aumento, que conlleva un mejor sueldo y mayor cantidad de responsabilidades. Parece todo perfecto, ¿verdad?

Hoy me siento metafórica, así que os explicaré cómo me siento de una manera que no sé si lograré hacerme entender. Para mí, la perfección es un día soleado con un cielo completamente azul. Y, por algún motivo, en mi cielo azul siempre aparece una pequeña nube. Es solo una nube pequeña, pero pueden pasar dos cosas: o que la nube desaparezca y darme cuenta de que soy un poco paranoica o que esa nube de sospecha se convierta en un nubarrón y haya una tormenta de mil demonios. ¿Me entendéis?

En un principio, pensaba que esa nube que me rondaba no existía, que era solo parte de mi subconsciente que no está acostumbrado a que todo me vaya bien. Siempre hay algo que tiene que fallar. Pero un día lo vi claro: mi nube era Sebas. Aparecía en mis pensamientos de historias pasadas, introducía su nombre en conversaciones que no tenían nada que ver con él. Siempre estaba ahí. Así que me decidí: fui a la habitación, abrí el cajón de mi cómoda y saqué todas las cartas sin leer de él que Nico se había encargado de recoger por mí. A pesar de haberle escrito finalizando la relación, él ha seguido enviando cartas, que no he sido capaz de abrir. Hace dos semanas que recibí la última y parece ser que no me va a llegar ninguna más.

Observé sobre por sobre, miré el remite en todas y la última ya no era de la cárcel, era otra dirección (¡Sebas está libre!). El corazón me dio un vuelco y creo que hasta me empezaron a sudar las manos. Noté calor en mis mejillas y un pequeño temblor. ¡Estaba nerviosísima! Respiré hondo, una y otra vez, hasta que conseguí

relajarme. Cuando ya pude pensar algo, decidí leer las cartas en su orden de llegada, por mucho interés que tuviera en leer la última. Tenía unas cuantas para leer, así que fui al sofá del salón y me acomodé. Se puede decir que las devoré y, hasta que no llegué a la última, no me di cuenta de que había pasado un buen rato en la misma postura. Para resumir: en todas las cartas me decía lo que me echaba de menos, los planes de futuro una vez saliera de la cárcel, las ganas de verme, de volver a estar juntos. Lo confieso, también lloré, pero era algo que tenía que hacer, por mí y por mi relación con Óscar. Esto no se podía quedar sin zanjar.

Volví a respirar hondo. Ya quedaba solo la última, la que tenía otra dirección en el remite. La abrí con cuidado, como si tuviera miedo de que se rompiera en mis manos, retiré el sobre y desplegué un único folio escrito a una sola cara (raro en las cartas de Sebas, acostumbrada a dos y tres folios). En ella me recordaba el momento en el que fui a visitarle. Decía que por fin estaba libre y no había tenido ninguna noticia mía desde que corté con él, por lo que entendía que no tenía ningún interés en verle ni en recuperar nuestra relación, así que decidía pasar página, empezar de nuevo sin mí y que este era su adiós. Y para terminar, acompañaba la despedida con el título de una canción: *This Ain't a Love Song*.

Así que con Sebas, bueno, que se acabó. Esta vez de verdad, y está claro por las dos partes. Y no pensé que me dolería tanto como me duele. Pero creo que es lo mejor que me ha podido pasar y que esta es la mejor forma de terminar.

Invasión de celos

He tenido la primera discusión con Óscar. Creo que nunca antes había discutido con una pareja y que me sintiera la perdedora de la batalla. Todo empezó el jueves. En el trabajo habíamos organizado una cena para compañeros con sus parejas. Solemos hacer un par al año y, por primera vez, yo iba acompañada de la mía (alguna vez había recurrido a llevar a algún amigo, por la presión social y esas gilipolleces). Óscar estaba guapísimo y encantador con todo el mundo. Pronto cogió confianza con todos los de la mesa y empezaron a bromear. Hasta ahí todo bien, pero la historia se torció cuando una de mis compañeras hizo un comentario inoportuno:

—¿Sabes, Óscar? Pensábamos que Nora no tenía pareja. Cuando habla con los clientes no para de coquetear. —No sé qué entiende esta mujer por coquetear, yo solo intento ser amable, algo muy importante en mi trabajo.

Óscar no dijo nada, pero la expresión en su rostro cambió por completo y yo supe que algo iba mal. Estuvimos un poco más después de la cena, pero nos fuimos pronto para casa. A ninguno de los dos nos apetecía continuar ahí. Nos acostamos y no dijo nada, pero yo casi no dormí por culpa de la bocazas de mi compañera.

Al día siguiente fui al banco. Óscar me acompañó, aunque prefirió quedarse en la calle. Al ver que tardaba más de la cuenta (fui a sacar dinero y acabé con un juego de toallas y un seguro de accidentes), entró a buscarme. Me vio sentada en uno de esos cubículos que no dan nada de intimidad y se acercó por detrás. El chico que me atendía era muy simpático y, mientras el ordenador hacía sus operaciones, me iba dando conversación. Acabé sabiendo de dónde era, su edad, alguna de sus aficiones... (lo sé, tengo facilidad para dar conversación). Vi como miraba por encima de mi hombro y, cuando me giré, Óscar estaba saliendo. No sé ni qué oyó ni qué se imaginó (esto es lo que más miedo me da). Cuando salí del banco, él ya no estaba.

Una vez en casa, pude hablar con él. En su mano tenía las cartas de Sebas.

—Por fin las has leído —me dijo muy serio.

—Sí, me las leí una mañana.

—Nora. —Cuando empieza nombrándome, miedo me da—: ¿Estás conmigo porque él te ha dejado?

—¿Pero qué tonterías se te ocurren? —Estaba alucinando.

—Creo que me utilizas para cubrir un hueco hasta que encuentres otro mejor o hasta que vuelva Sebas.

—¿Cómo te atreves a insinuar tal cosa cuando fuiste tú quien me dejó dos veces? —No me lo podía creer, ¿cómo se le pudo ocurrir tal tontería?

—Creo que recuerdas solo la parte que te interesa. Y eso, en estos momentos, no viene al caso. No te escudes en el pasado y dime: ¿tú quieres estar conmigo?

Me quedo callada, no porque no sepa la respuesta, sino porque no entiendo que ha querido decir con lo de «la parte que te interesa».

—Entiendo... —dice él con tono serio y hace ademán de marcharse.

—No, para, Óscar. —Yo también sé utilizar su nombre—. Me gustas mucho. Y quiero estar contigo, pero de verdad que no te entiendo.

—Contéstame solo a una cosa: ¿recuerdas la primera canción que bailamos juntos? —¿La primera? Si no recuerdo la música que he escuchado esta mañana.

—De eso hace más de diez años... ¿Cómo quieres que me acuerde?

—Pues yo lo recuerdo perfectamente: «Mi Dios y mi cruz». ¿Y sabes por qué lo recuerdo?

—No. —Creo que estaba en *shock*, mi mente no paraba de viajar hacia el pasado y no recordaba ni qué canción era.

—Porque, para mí, fue el día más feliz de mi vida, porque por primera vez te fijaste en mí y bailaste conmigo.

—Lo siento, Óscar. No lo recuerdo.

—Yo te diré por qué no te acuerdas: porque te acababa de dejar el tío con el que salías y estabas más pendiente de controlarlo a él e intentar ponerlo celoso que de hacerme caso a mí.

—Y si tanto me querías, ¿por qué me dejaste?

—Porque no podía ser un segundo plato. Solo estabas conmigo para intentar olvidar al otro... —De verdad se le veía dolido cuando lo decía.

—Sí, claro. —Ahora es cuando paso de alucinar a cabrearme—. Te recuerdo que lo hiciste dos veces.

—La segunda vez fue igual y, estúpido de mí, pensaba que esta tercera sería diferente y la definitiva. Pero ahora es por otro, por Sebas. Y como no es suficiente, todavía tienes que coquetear con todo el mundo, como si estuvieras libre... —Ahora es él el que había pasado del dolor al enfado.

—No te permito que te hagas la víctima. No coqueteo con nadie, solo soy amable. Y lo de Sebas... se acabó. Si yo he podido pasar página, no entiendo por qué tú no. —Intenté controlarme, respiré y continué—: Hoy es mejor que pases la noche en tu casa. Prefiero estar sola.

—Piénsalo bien y, cuando sepas qué es lo que quieres, llámame. Dejó las cartas sobre el recibidor, cogió su abrigo y se marchó.

¿Y si la culpa es mía?

Han pasado dos meses desde que Óscar se marchó y sigo sin llamarle. «Llámame cuando sepas qué es lo que quieres» fue lo último que me dijo antes de salir por esa puerta. ¿Todavía no sé lo que quiero? Creeréis que he tenido tiempo para pensar en ello, pero no ha sido tanto como el que imaginaba. Al hecho de que mi novio me dejara por considerarse como el segundo plato hay que añadir mi ascenso en el trabajo. Nuevo despacho, nuevas obligaciones, nuevo personal... (todavía se me olvidan sus nombres). Ha sido como una nueva oportunidad para empezar desde cero.

Hoy es domingo y tengo tiempo libre para pensar (mejor dicho, para rayarme). Copa de vino en mano y las cartas de Sebas repartidas por la mesa. ¿Y si Óscar tiene razón y todo es culpa mía? Ya me las sé de memoria, dónde está cada punto y cada coma. Incluso el olor que despide cada una de ellas. Y no paro de pensar: ¿Qué será de Sebas? ¿Pensará todavía en mí? ¿Habrà algo que le recuerde a mí? ¿O solo soy yo la que lo recuerda? ¿Y Óscar? ¿Me echará de menos? ¿Pensará cada vez que suena el teléfono que soy yo? Cojo el móvil y compruebo los mensajes. Nada interesante en los últimos dos meses (la mayoría son de las chicas y el resto, del trabajo). Echo un vistazo a la lista de contactos y ahí está. Pero todavía no puedo llamarle. Todavía no sé lo que quiero.

Apuro mi copa y me sirvo otra. Enlazo los brazos entre las piernas y espero que haya una señal que aclare mi cabeza. Y pienso que lo más fácil es que me olvide de los dos y empiece realmente de cero, pero no puedo y sé que no puedo querer a los dos. Tampoco sé si, cuando me decida, será demasiado tarde. Dejo la copa y voy hacia el portátil, que está sobre la mesa. Busco en YouTube todas las canciones de nuestras historias en común, tanto de Sebas, como de Óscar, como si la música fuera mi inspiración. ¿Cómo se titulaba la canción de Óscar? ¿La de nuestro primer baile? ¡*Mi Dios y mi cruz!* Recuerdo tan bien nuestra discusión que ni siquiera se me ha olvidado este detalle. Ni siquiera recuerdo quién la cantaba, así que me toca ponerme a teclear y esperar que

solo exista una canción con ese título de hace diez años. ¡Bingo! ¡A la primera! Ahora que la escucho, vuelvo a recordar nuestro primer baile. Y él tenía toda la razón, yo estaba más pendiente de darle celos al cabrón que me dejó. Pero también recuerdo el instante en que nuestras miradas se cruzaron y sonreí. Me sentí tan bien en ese momento... Y ahora quiero volver a sentirme así.

Me calzo mis zapatillas de deporte, recojo las cartas de la mesa y las meto al bolso. Cojo algo de dinero, las llaves y el teléfono y salgo corriendo hacia su casa. Solo espero que esté y no me quede con cara de tonta en la puerta.

Después de unos minutos interminables de viaje, por fin estoy ahí, frente su rellano. Respiro hondo (necesito valor), camino con paso firme hacia la puerta, llamo, vuelvo a respirar profundamente y la puerta se abre. Y ahí está una chica joven y guapísima sonriéndome: ¿y ahora, qué? NO puede ser que llegue tarde.

Ahí estoy, frente a una chica que no conozco, en la puerta de casa de Óscar. Ella me mira como si yo le fuera a vender una enciclopedia o sugerirle que cambie de religión. Yo la miro de arriba a abajo (inevitable), doy un paso hacia atrás y compruebo el número de la casa. No, no me he confundido, ella sigue mirándome cada vez más sorprendida.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me pregunta.

—Estaba... —Vacilo; puedo decir que me he equivocado, pero no—. Estaba buscando a Óscar.

—Óscar no está. —Sigue sorprendida—. Volverá más tarde, ¿quiere que le diga algo?

—No, gracias. No es nada importante. —Hago gesto para marcharme cuando meto la mano en el bolso. Ahí están las cartas de Sebas—. Bueno, sí, ¿podrías darle esto? —Le acerco las cartas y ella me mira todavía más sorprendida (qué expresividad facial tiene esta chica).

—Claro, yo se las daré. —Y no puede evitar echar un vistazo al sobre; por su cara veo que no reconoce ni al remitente ni a quién va dirigida—. Eleonora Sáez —lee en voz alta y yo ya me voy alejando—. Eleonora —repite y, de repente, grita—: ¡NORA!

No puedo evitar detenerme y girar sobre mis pies. Ahora la que está sorprendida soy yo.

—¿Nos conocemos? —pregunto.

—No, pero he oído hablar mucho de ti, diría que demasiado. —
¡Vaya! alguien igual de sincera que yo.

—Supongo que no sería nada bueno.

—Todo lo contrario —me interrumpe—, eres el amor de su vida.
—Noto que me falta el aliento. Me quedo sin habla—. Perdona, no me he presentado. Soy Amanda, compañera de piso de Óscar.

—¿Compañera de piso? —digo en voz alta lo que quería asimilar mentalmente.

—Sí, bueno, novia de su compañero. ¿No sabías que compartía piso?

—No, la verdad es que no. —Por eso siempre estaba en el mío—. Bueno, solo era darle esas cartas, él sabrá lo que tiene que hacer con ellas.

—De acuerdo, yo se las daré, ¿quieres que le diga que te llame?
—Me parece que esta chica quiere hacer de celestina.

— No, solo dale las cartas. Gracias.

Y me marché y pasaron los días. Y no tuve noticias. Así que decidí olvidarlo y continuar con mi vida.

Reencuentro familiar

Llegan las fechas navideñas y, como casi todos los años (el casi es porque el año pasado me libré), toca volver al pueblo y estar con toda la familia. Quiero a mi familia e intento estar en contacto con ellos, pero estas fechas son superiores a mí. Mi abuela, llorando de la emoción; mis tías, preguntando si ya tengo novio; mis hermanas, con los peques; mi madre, preocupada por mi alimentación porque me ve más delgada. Siempre la misma cantinela.

Nunca he hablado de ellos y, si queréis saber un poco más de mí, tenéis que conocerlos. Empiezo: soy la mayor de cuatro hermanos. Somos tres chicas y un chico. El peque, al que ya conocéis, se llama Nico y tiene ya veintiséis añitos. Es con el que más unida me encuentro. No lo digo porque se haya convertido en mi compañero de piso durante una temporada. Mis otras dos hermanas son Laura e Isabel. Son mellizas e inseparables (Nico y yo las llamamos Pili y Mili). ¡Si hasta se casaron el mismo año! Hecho que me hizo gastarme una pasta entre vestidos, regalos y convites. Cada una tiene un hijo: Laura, un niño e Isabel, una niña. Así es, soy tía. Esto hace que me sienta mucho más mayor todavía. Como veis, mis hermanas tienen nombres más comunes. El mío se lo debo a mi bisabuela. Me iba a llamar Nuria, un nombre común, pero unos días antes de mi nacimiento mi bisabuela falleció y mis padres, sin dudarlo, me pusieron su nombre. Por eso me siento tan orgullosa de él. Y toca el turno de mis padres. Mi padre es un trabajador nato: autónomo. Aún no es de día y él ya está preparado para la jornada diaria. Y mi madre es ama de casa. Aunque ella no lo dice y nunca lo admitirá, se arrepiente de haber dejado su trabajo para dedicarse a cuidar a su familia en exclusiva y ahora se siente demasiado mayor como para volver a trabajar.

Ahora toca preparar el equipaje. Estaré un par de semanas con ellos (si se portan bien). Y, como siempre, tengo que ir de compras para que todos tengan sus regalos. Los peques se han acostumbrado a que, cuando llega su tía, les trae alguna cosilla

(culpa mía, claro) y tendré que comprarles algo más para los Reyes, ¡menudo gasto!

Ya estoy en casa de mis padres. La casa en la que me crie. Tengo un gran sentimiento de nostalgia. He dejado a Nora en la ciudad y aquí vuelvo a ser Eli. Por la mañana acompañé a mi madre a hacer la compra. Era como volver otra vez a la infancia. El mayor inconveniente era cruzarme con todo el pueblo, todos se paraban a preguntar qué hago allí, cómo me van las cosas en la ciudad, me dicen lo mayor y guapa que estoy (siempre dicen lo de mayor primero). Por suerte (o por desgracia), mi madre les contestaba a todos, yo apenas estaba ahí en pie (como un dibujo).

Ya parecía que me acostumbraba cuando nos cruzamos con la madre de Óscar. Creo que me puse hasta nerviosa; mi madre me miró y me dio un golpecito en el brazo.

—Eli, ¿no saludas? —Siempre hace que me sonroje.

—Sí, claro. Buenos días. ¡Cuánto tiempo sin verla! ¿Cómo está?

—Hola, Eli. ¡Qué mayor que estás! ¡Y qué guapa! —¿Veis?—. Pues estoy muy bien, ahora muy contenta, porque estamos todos juntos.

—¿Todos juntos? —preguntó mi madre, que no le gusta enterarse de nada (notad en mi voz el tono sarcástico)—. ¡No me digas que Óscar está en casa!

Ahora pasé de estar nerviosa a quedarme pálida. No podía creer que Óscar estuviera en el pueblo.

—Sí, ¿te acuerdas de Óscar, Eli? —asentí con la cabeza, no podía hablar—. Él también está tan mayor... Lo echaba muchísimo de menos, no me acostumbro a que mi pequeño no esté en casa. —El pequeño tiene ya más de treinta años, señora—. Estuvo unos meses en la ciudad, pero hace unas semanas regresó. Creo que no le terminó de gustar. Volvió desilusionado, pero ya sabes cómo son los hijos, imposible sacarle información. —Evito por completo su mirada.

—¿Y sigue soltero? —ya os he dicho que a mi madre no le gusta enterarse de nada. Yo estaba ahí, pero como si nada, así que la conversación era solo entre ellas.

—Sí, y no lo entiendo. Siempre le digo que se tiene que buscar a una mujer, que no esté solo, y él me dice que así es como mejor está.

—Mi Eli está igual. —Ya estaba tardando—. Puede que no los entendamos porque en nuestra generación todo era distinto.

—Podríamos organizarles una cena. — ¡Eh! ¡Que sigo aquí!—. Mira, ahí está, ya viene a recogerme.

Y miré y ahí estaba él. Después de tanto tiempo sin vernos, ahí estaba. Su cara de sorpresa lo dijo todo; supongo que la mía fue parecida. Y nuestras madres siguieron hablando, pero yo ya dejé de escucharlas, solo le oí a él:

—Hola, Nora, ¿cómo estás?

La encerrona

Ver a Óscar me dejó descolocada y fuera de combate. Durante los dos días siguientes solo tuve ganas de hacer una cosa... simplemente nada. Estaba en casa de mis padres, hacía lo necesario para no darles más trabajo, pero aprovechaba cualquier instante para sentarme y encerrarme en mí misma. Al único que parecía hacerle compañía era a Coco, el pequeño perro de la familia, que no se despegaba de mi lado. Nico parecía querer decirme algo, pero él intentaba recuperar el tiempo perdido con sus colegas y apenas aparecía por casa.

Eran las ocho de la tarde, llevaba ya una hora en el sofá, con el pijama puesto, Coco sobre las piernas y haciendo como que leía (aunque no me enteraba de nada). Mi madre se acercó y me pidió en tono de orden:

—Eli, cariño. Vístete, que nos vamos a cenar fuera. —Sonreía.

—No me apetece, id vosotros. Cenaré cualquier cosa. — Seguramente tampoco cenaría.

—Hija, es una cena para ti y para mí. A tu padre no hay quien lo saque de casa. Nico no aparece hasta las tantas y tú eres la única que puede sacarme de aquí para que me airee un poco. —Puso esa mirada de corderito que Nico tan bien había aprendido.

—Vale, estaré lista en media hora. —Siempre me convencen con esa mirada.

—Tranquila, la mesa está reservada para las nueve. —Ya no solo sonreía, le salió una risita que asocié al hecho de haberse salido con la suya.

A los quince minutos ya estaba preparada. En cuanto mi madre me vio, me pidió que, por favor, me maquillara un poquito y se preguntó qué podríamos hacer con mi pelo. ¡Sí que hacía tiempo que mi madre no salía de cena! No quise contrariarla, así que regresé al cuarto, abrí la maleta y rescaté el poco maquillaje que había llevado. Fui al baño a mirarme en el espejo, ¿qué podía hacer con mi pelo? Finalmente, opté por recogermelo. Cuando salí del cuarto de baño unos quince minutos más tarde, encontré a mi

madre en el salón, emocionada. Estaba tan emocionada... que no recuerdo haberla visto antes así.

Me cogió del brazo y salimos hacia el bar. Era el bar de siempre, en el que el dueño te llama por tu nombre de pila y sabe de antemano qué es lo que vas a pedir. Saludé a Paco (dueño y camarero del local) y la mirada entre mi madre y él me hicieron sospechar algo, pero aún no sabía de qué se trataba.

—¡Eli, qué mayor y qué guapa estás! —Qué novedad—. Ya hacía tiempo que no te veía, ahí está tu mesa preparada. —Se referirá a nuestra mesa. Y señaló a una para dos, ya preparada.

—Gracias, Paco. —Miré a mi madre—. ¿Nos sentamos?

—Siéntate y voy mientras al aseo. —Y se fue hacia el baño.

Me senté y eché un vistazo a la carta que había ya en la mesa, observé el menú del día y recordé cuando era una adolescente, ¡qué recuerdos! Mi madre ya tardaba y empecé a preocuparme por ella. Iba a levantarme para ir a buscarla cuando por la puerta apareció Óscar con su madre. Me quedé paralizada, mi madre apareció y fue directa a saludarlos. Y entonces lo entendí todo. Esa mesa para dos no era para mi madre y para mí, esa mesa era para nosotros dos, nuestras madres nos habían organizado una cita a ciegas. Ya no tuve escapatoria. Y yo que solo quería haber hecho una cosa durante todo el día: NADA.

La cena con Óscar no fue tan incómoda como se podría esperar. Al principio, la sorpresa y la rabia (por la broma de mi madre) me dejó sin palabras y sin tema de conversación.

—Hola, Nora. No he tenido nada que ver con esto —me dijo, y por su tono sabía que era completamente cierto: estaba tan animado como yo.

—Ya, supongo que esto lo han organizado entre las dos. No habría funcionado si uno de los dos lo hubiera sabido.

—¿Tú crees? —Ahí me dejó desconcertada, y durante un instante me quedé pensando: ¿si lo hubiera sabido él o yo?—. Podemos irnos sin más —había dicho algo más, pero yo estaba entretenida en mis pensamientos.

—Creo que no podemos —y su cara de sorpresa preguntó por él (¿cómo que no?), así que continué—: Ahí está Paco, vigilándonos.

¿Qué prefieres que le cuente a nuestras madres?

—¿Y qué propones? —Esa mirada no me gustó nada, no sabría explicarla.

—Propongo que cenemos y que luego nos marchemos. —
¡Menudo planazo!

—Tendremos que cenar de todos modos, ¿verdad? —Y sonrió.

Paco se acercó a tomarnos nota mientras nos sonreía y le guiñaba el ojo a Óscar; a mí me dio la risa. Supongo que el vino ayudó bastante, la conversación fue amena y en ningún momento recordamos tiempos pasados. No dijo nada de las cartas ni yo saqué el tema. Era como si nada hubiera pasado (¿un empezar de cero?). Cuando me acompañó a casa, mi madre seguía levantada, pegada a la ventana. Entré y me preguntó qué tal. Estaba tan ansiosa que me puso nerviosa.

—Bien, mamá, ha ido bien. —Y me metí en la habitación.

Y la mujer se quedó mirando a mi puerta, esperando que volviera a salir y que le contara todos los detalles. Pero tendría que esperar al día siguiente, no estaba para contar nada.

Vuelta a la ciudad

A la mañana siguiente de la cena, me levanté temprano, hablé con Nico y acordamos volver a la ciudad. No puso ninguna pega, así que supongo que él también tendría necesidad de huir, por algún motivo que desconozco.

Mi madre seguía impaciente porque quería que le contara qué había pasado en la cena. Quería conocer si había habido química entre nosotros y si había alguna esperanza. Cuando le dije que nos marchábamos, su cara lo dijo todo.

—Pero, Eli, cariño, ¿tan mal fue la cena? —Aunque no sabía nada de la historia entre Óscar y yo, no sé por qué supo que él tenía algo que ver.

—No, mamá. La cena fue bien. Óscar estuvo encantador y fue muy agradable. —Estaba siendo sincera, menos por ocultar el hecho de que me iba por él.

—Y entonces... ¿por qué te marchas? —Creo que mi madre se había acostumbrado a tenerme tan cerca de ella.

—Pues porque tengo un trabajo al que debo regresar y ya he estado bastante tiempo aquí. Además, volveré para Reyes. —Y ya no queda nada.

Pareció resignarse y marchó hacia la cocina, mientras Nico cargaba el equipaje en el coche. Al mediodía ya estábamos en el portal de mi casa.

—Sé que es por él —dijo Nico antes de despedirse—. Yo también sabía los planes de madre, pero no pude hacer nada.

—Podrías haberme dicho algo. —Quise decirlo enfadada, pero ni siquiera tenía ganas de enfadarme, y menos con él—. No pasa nada, ya estamos otra vez aquí y lo pasado, pasado es.

—¿Te ayudo a subir el equipaje? —Cuando quería, Nico podía ser de lo más amable. Negué con la cabeza y le di un beso de despedida.

En cuanto llegué a casa, hice lo primero que hago siempre: encender el ordenador y comprobar el correo electrónico (manías).

Había una barbaridad de mensajes, la mayoría de *spam*, alguno que otro del trabajo (la mayoría ya solucionados telefónicamente) y el último que había llegado (el primero en la lista), de esa misma mañana, era de Óscar.

Querida Nora:

Me alegró mucho verte anoche. La cita a ciegas fue en parte culpa mía. Cuando te vi con tu madre, estabas tan guapa que no pude parar de pensar en ti en todo el día. Y mi madre, bueno, no sé cómo me pudo leer la mente y llamó a la tuya para organizarlo todo —«¡Qué cabrón! ¡Así que la única engañada fui yo! Y yo que pensaba que se sentía incómodo»—. Sabes que no soy muy dado a decir lo que pienso y siento, suelo huir como un cobarde, es más fácil. Pero he encontrado una canción que puede que me ayude a hacerte entender lo que quiero decirte. Te la adjunto. Espero tu respuesta.

Óscar

Así que nada, todavía en *shock*, abrí el vídeo adjunto y escuché detenidamente la canción.

Una nochevieja diferente

Hoy es 30 de diciembre. Va a terminar el año y estoy prácticamente como empecé, con muchas historias románticas sobre mis espaldas y más sola que la una. ¿Será el próximo año diferente? Tal vez sea buena idea olvidarme de los hombres y centrarme en mi trabajo. Mientras tengo este pensamiento, no paro de acariciar las teclas del portátil sin saber qué responder a Óscar. ¿Por qué tendría que contestarle? ¿Por qué me siento obligada a responder ese correo? Él estuvo tiempo sin dar señales de vida mientras yo esperaba que sonara el teléfono. Lo que se merece es la misma incertidumbre que sufrí yo. Decidido: no le contesto todavía. ¿Todavía? No sé en qué estoy pensando, que no le contesto y punto.

Suena el timbre. No tengo ni idea de quién puede ser, no espero a nadie. Al otro lado del telefonillo están Eva y Melisa. Solo he podido entender sus nombres porque con sus risas me ha sido imposible identificar una palabra más. Les abro y en pocos minutos están sentadas en mi sofá algo más calmadas que en el portal.

—Venimos a secuestrarte —dice Melisa todavía con alguna risilla—. Eva, cuéntale el plan.

—Verás Nora —empieza Eva mirando con complicidad a Melisa. Ya se les ha pasado el ataque de risa—. He encontrado una casa rural estupenda para que pasemos la Nochevieja las tres solas. Tranquilas, en el campo, fuera de la ciudad y lejos de todo el mundo.

—Lejos de los hombres —digo en voz baja y sin pensar. No tan baja, porque ambas me oyen y asienten con la cabeza.

—Haz la maleta, que nos vamos ya —me ordena Melisa.

—¿Pero va en serio, chicas? —Todavía no he asimilado la propuesta. Las miro con sorpresa y las dos vuelven a asentir.

—Claro que va en serio. Este viaje es para nosotras. ¡Habrás que terminar bien el año!

—¡Y en la mejor compañía! —continúa Melisa, que nos coge a Eva y a mí de la mano. Acerco mi otra mano a Eva, que la coge sin

vacilar. Ahí estamos las tres en círculo, cogidas de las manos. Sonreímos.

—Hecho —les digo y suelto sus manos—. Voy a preparar la maleta. Haced un café o lo que os apetezca mientras esperáis. Ya sabéis dónde está la cocina.

Me dirijo veloz a la habitación. Abro el armario y saco la maleta de viaje. Miro lo hecha polvo que está, tan destrozada... Será buena idea pedir una nueva para Reyes. A lo lejos escucho a Eva y Melisa, parece que me han hecho caso y se encuentran en la cocina preparando café.

Tardo unos quince minutos en tener todo preparado y, cuando regreso al salón, veo que me espera otra taza de café. Voy a la cocina y cojo unas pastas para acompañarlo.

—Habrá que coger fuerzas para el viaje —les digo mientras coloco la caja de pastas sobre la mesa y les guiño un ojo.

—¡Tú sí que sabes! —exclama Melisa con entusiasmo.

Una vez apurado el café y las pastas, decidimos que era hora de comenzar nuestro viaje. Teníamos por delante al menos un par de horas de coche y, conociendo a Eva, tal vez tendríamos que hacer alguna que otra parada. Subimos al coche con el maletero lleno de equipaje y juegos de mesa. Empezaba nuestra aventura.

El viaje, como era de esperar, se alargó más de lo previsto. Hicimos un par de paradas, en las que aprovechamos para estirar las piernas e ir al baño. Sin embargo, que fuera más largo de lo previsto no nos preocupaba. Era un momento de solo chicas en la carretera y se nos pasó volando. No nos podíamos imaginar la sorpresa que nos esperaba en nuestro destino (pero me estoy adelantando). Como íbamos a llegar más tarde de la hora acordada, decidimos llamar al dueño de la casa rural. Nos disculpamos por la demora, pero él nos tranquilizó diciendo que le venía mejor así porque estaba terminando de preparar las habitaciones. Los últimos huéspedes se habían marchado hacía apenas una hora. Nos sentimos aliviadas al comprobar que estaría ocupado mientras esperaba nuestra llegada.

Por fin, llegamos a nuestro destino. Aparcamos y localizamos la casa antes de sacar el equipaje. El edificio era grande y tenía un

amplio jardín. Justo ahí había un señor podando uno de los árboles. Le preguntamos si era el dueño y nos dijo que no, que entráramos a la casa. Su tono y acento nos asombró y nos miramos las tres con expresión de sorpresa. Le obedecimos y fuimos directas a la puerta de entrada de la casa, que se encontraba abierta de par en par.

—¡Hola! —grito asomando la cabeza por la puerta pero sin atreverme a atravesar el portal.

—¡Un minuto! —Se escucha la voz de un hombre a lo lejos, en la planta superior.

Mientras esperamos, oteamos con detenimiento el jardín. Es amplio y está muy bien cuidado, lleno de árboles y plantas, con una mesa y unas cuantas sillas de terraza. Me imagino a las tres ahí sentadas pasando la tarde. A pesar de ser 30 de diciembre, el termómetro marca casi treinta grados (el tiempo se está volviendo loco), por lo que ese espacio exterior y cubierto de sombra vegetal se hace de lo más apetecible. Mientras yo estoy absorta en estos pensamientos, Melisa parece estar escrutando toda la ubicación, no solo el jardín, sino que ha aprovechado para mirar a través de la ventana y de la puerta de la casa para ver cómo era.

—¡Chicas! —nos dice con un tono alarmado.

—¿Qué? —preguntamos Eva y yo al unísono, con tal sincronía que nos da la risa.

—Aquí vive gente. —Melisa está casi susurrando.

—¿A qué te refieres? —pregunta Eva, descolocada.

—Echad un vistazo. —Y nos señala una de las ventanas por las que había estado fisgando.

Nos dirigimos hacia la ventana. A través del cristal podemos ver un gran salón comedor, con mueble antiguo de madera, de los que ocupan una pared entera, mesa grande, sillas y sofá. El gran mueble tiene libros y una decoración bastante, ¿cómo lo diría?, peculiar. Sí, peculiar es la palabra. Allí hay figuritas de porcelana (de esas que dan de recuerdo en bodas y comuniones y no tienen ningún uso), varios libros, un reloj horrible y la foto enorme de un señor mayor. Tanto mesa como sofá tienen mantelillos bordados o de ganchillo. Mentalmente me teletransporto a casa de mis abuelos (ya cerrada y abandonada desde hace años) y un escalofrío recorre

mi espalda. Las tres nos miramos preocupadas, pero no tenemos tiempo a hacer ni un comentario. Una menuda señora mayor atraviesa la verja del jardín y se dirige hacia nosotras. Su sonrisa y rostro afable nos da, a la vez, confianza e incertidumbre. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—¡Buenos días! ¿Sois las nuevas huéspedes? —Sigue con esa sonrisa amable y ninguna contesta, simplemente asentimos—. Espero que hayáis tenido buen viaje. Acabo de comprar pan, ha sido una odisea. Tenemos solo una panadería y está cerrada por vacaciones. Así que he tenido que ir... —Siguió con su explicación de cómo consiguió el pan, pero ninguna la estaba escuchando—. Enseguida baja mi hijo. —Fue lo último que dijo antes de internarse en la casa. Ahora ya entendíamos lo que podía hacer allí esa señora.

Cuando ya pensábamos que no podía ser más surrealista, el hijo, bueno, el dueño apareció por el umbral de la vivienda. Creedme que no sabría muy bien cómo describiros al personaje en cuestión, lo siento por él pero no me sale otra palabra. Tendría alrededor de los cuarenta años, era moreno y de pelo negro. Iba vestido (por decir algo) con una camiseta interior blanca de felpa llena de manchas y rodadas de sudor. Los pantalones verdes, también de felpa, llevaban el mismo número de manchas. Y, a pesar de haberle llamado pantalones, se trataba de unos calzoncillos largos, de los que llegan hasta los tobillos con una goma elástica. Se frotaba las manos con un paño gris (posiblemente fuera blanco en otra época) que tenía las mismas o más manchas que el resto de su indumentaria.

—¡Bienvenidas! Justo acabo de adecentar vuestras habitaciones. —Las chicas y yo nos miramos, pero fuimos incapaces de articular palabra—. Por favor, acompañadme. —Y nos hizo un ademán con la mano para que le siguiéramos.

Indicó que las habitaciones estaban en la planta superior. De camino hacia la escalera, pasamos por el salón comedor que habíamos visto a través de la ventana. No tenía mejor aspecto que el que apreciamos a través del cristal. Alcancé a ver un juego de dominó y una baraja de cartas en uno de los lados de la mesa. Subimos detrás de él y nos mostró las dos habitaciones: la *suite* y la

otra. La *suite* consistía en dos camas pequeñas con somier de muelles, de las que, en cuanto te tumbas en ellas, el colchón te atrapa y ya no te puedes mover en toda la noche (¡vamos, genial para mi espalda!). Tenía un armario y una mesita y allí acababa la *suite*. La otra... mejor me lo ahorro, aunque nunca olvidaré ese cuadro de la Virgen María con el Niño Jesús en brazos del mismo tamaño de la pared, tan grande que daba miedo. La cama de esa habitación no era mucho mejor. Al salir de la segunda habitación, nos informó de que teníamos una oferta especial: unas sales de baño elaboradas con cerveza.

—Lo podéis repartir —nos dijo mientras nos enseñaba la ridícula bolsa de sales.

—O bañarnos juntas —dijo Melisa en voz baja y con ironía. A pesar del tono de voz bajo, la escuchó. La mirada lasciva del sujeto (del que no recuerdo su nombre) fue lo más desagradable de ese día (y eso es mucho decir).

En ese momento, y con cara de asco, Eva preguntó si podría entrar mientras aún seguía con sus explicaciones de las cualidades de las maravillosas sales. El baño se encontraba entre las dos habitaciones. Se dirigió velozmente hacia él y, cuando ya empezábamos a preocuparnos, unos quince minutos después, salió con un montón de toallitas húmedas hechas una bola en sus manos. Bajó las escaleras y buscó una papelera donde tirar toda aquella porquería. Mientras, Melisa se había sentado en una de las camas. Las rodillas le tocaban prácticamente la cara. Parecía una niña pequeña. En sus manos, el teléfono móvil. El individuo hacía unos minutos que ya había desaparecido y nos había dejado algo de intimidad. Mientras yo recorría la mirada de una habitación a otra, observaba cada uno de esos detalles perturbadores que encendían mi señal de alarma.

Eva subió las escaleras, entró a la *suite*, donde Melisa estaba sentada y yo, mirando a través de la ventana. Estaba más pálida, su cara había adquirido un blanco marfil preocupante.

—¿Nos vamos? —A pesar de ser una pregunta, tenía más entonación de orden. Melisa y yo nos miramos fijamente y tardamos apenas unos segundos en responder. Esos segundos se

convirtieron en una eternidad para Eva que a punto estuvo de agarrarnos y arrastrarnos fuera de aquella casa de los horrores.

—Por supuesto —le dijo Melisa con tono tranquilo—. Estaba buscando hoteles cercanos. —Y le mostró la pantalla del teléfono (¡ah!, eso es lo que estaba haciendo). Las dos me miraron.

—Claro, vámonos ya.

Bajamos velozmente las escaleras y nos despedimos del dueño, la señora mayor y del jardinero. Eva les dijo que eso no era lo que habíamos contratado, a lo que él solo nos respondió que nos apañáramos con la agencia. No le discutimos. Fuimos al coche y mientras Melisa conducía a cualquier otro lugar, Eva llamaba a la agencia para recuperar nuestro dinero.

Cuando íbamos hacia la casa rural, habíamos visto un pueblecito que nos había gustado, pero que, por falta de tiempo, no habíamos podido visitar. Así que hicimos una parada larga allí, dimos una vuelta y comimos. A la tarde, estábamos otra vez en mi apartamento. Como habíamos avisado de nuestro viaje, nadie nos esperaba por allí. Así que pasamos un 30 y 31 de diciembre solas en la ciudad. Puede parecer una Nochevieja un poco triste, pero me lo pasé genial cantando con un karaoke de un programa de televisión, poniéndonos mascarillas hidratantes, jugando a juegos de mesa, cotilleando... Empecé el año descansada, tranquila y sin resaca. Esto debe ser augurio de buena suerte.

¿Qué me deparará este nuevo año?

